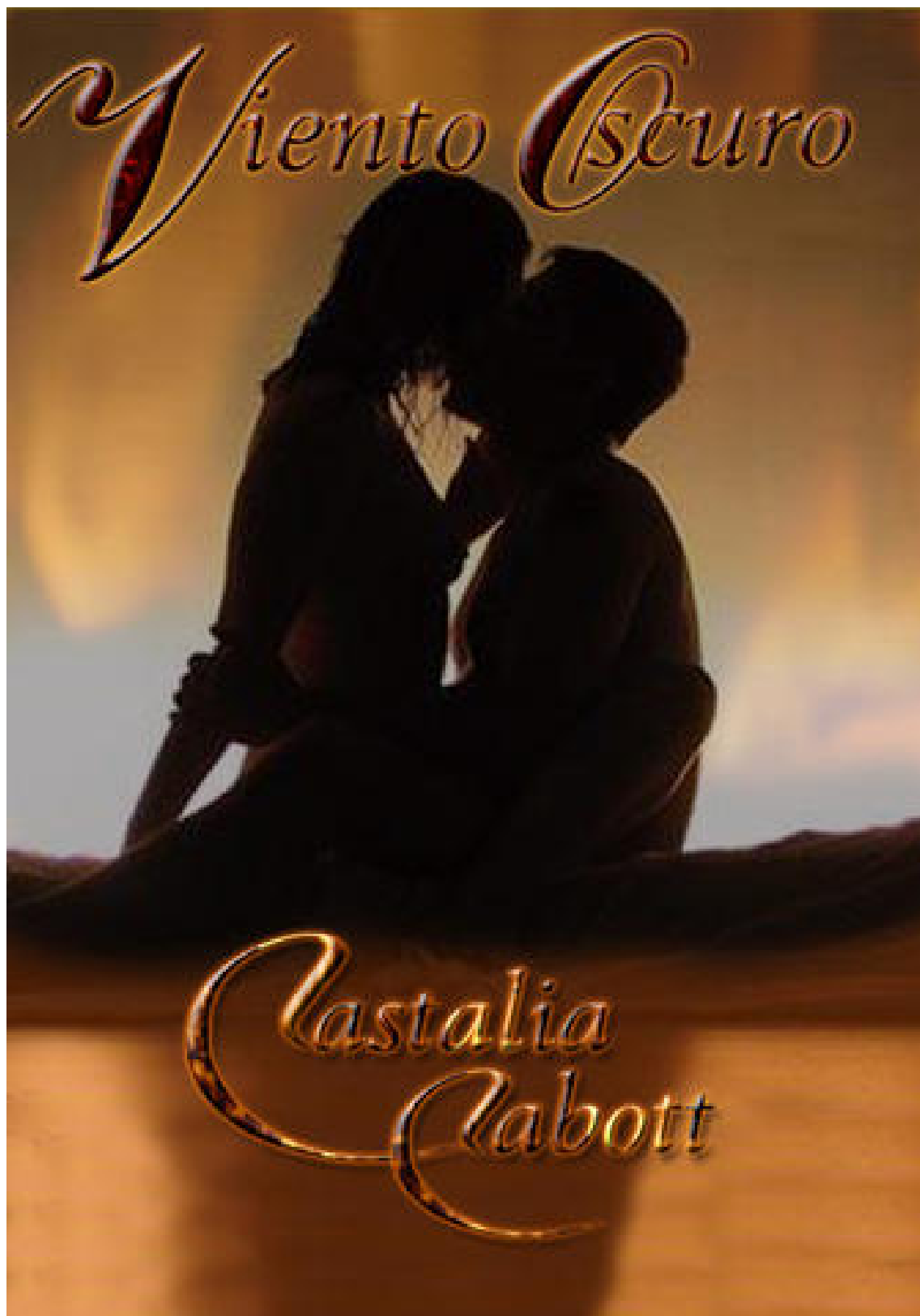


Los Windstone
Viento Oscuro



Castalia Cabott

LOS WINDSTONE





RESUMEN

Maddison James es una aplicada y solitaria estudiante con un padre demasiado ocupado en sus investigaciones médicas. Su vida es tranquila y plácida. Hasta que algunos extraños accidentes que podrían haberle costado la vida, llevan a su padre a contratar a una agencia de seguridad para que la proteja.

La agencia elegida es Wind & Stone. Sus dueños, tres hermanos que durante muchos años han sido agentes del FBI, parecen ser la mejor opción para proteger a su hija, al menos los próximos veinte días. Tiempo en que sus laboratorios serán los dueños de una patente que ayudará a salvar muchas vidas y la razón por la que ella se encuentra en peligro.

Bradford Windstone jamás falla en sus casos lo que ha convertido a su agencia en la más conocida y reputada de Chicago.

Bradford, Troy y Dalton Windstone poseen extrañas habilidades: un poder hipnótico que impide que nadie les mienta y la capacidad de hacer ver o creer lo que ellos quieran unidas a un instinto que les avisa del peligro. Estas habilidades los mantuvieron vivos en las más difíciles misiones que llevaron a cabo dentro del FBI y ahora son el principal capital en su Agencia de Seguridad y la causa de su éxito.

Cuando Bradford acepta ocuparse de la seguridad de Maddison James jamás imaginó que lo impensado podría ocurrir. Ella es inmune a cualquier tipo de sugestión. Por primera vez en su vida, alguien no hace lo que Brad o sus hermanos quieren.

Sólo Maddie sabe que hay algo a lo que no es inmune: a su magnífico cuerpo.



Los Windstone
Viento Oscuro



Castalia Cabott

PRIMERA PARTE

BRADFORD Y MADDIE





CAPÍTULO 1

Los servicios de Wind & Stone jamás se publicitaban. Su reputación como agencia de seguridad era impecable y corría de boca en boca.

Robert T. James esperaba que fuera verdad todo lo que se decía de ellos. Uno de sus mejores amigos, John Barnes, actual director del FBI, se los había recomendado. Y uno no desoye una recomendación como ésta.

La firma se encontraba en el penúltimo piso de un alto edificio en la ciudad de los vientos, Chicago. Sabía que los cuatro últimos pisos pertenecían a la compañía. Ya desde la entrada estaba impresionado con las muestras de seguridad que observaba. El ascensor se abrió y James avanzó. Frente a él se encontraba una elegante mujer de cabellos cortos y blancos cortando una llamada telefónica. Inmediatamente que lo vio, se puso de pie y salio de atrás de su escritorio para recibirlo con una sonrisa.

—¿Señor James? —Le preguntó con una voz oscura. *Voz de fumadora* se dijo a sí mismo el señor James.

—Sí.

—Soy la secretaria de la firma, Cordelia Chase —el señor James se acercó a ella y le extendió su mano—. Adelante por favor, el Señor Windstone lo está esperando.

_Mucho gusto—. El señor James apretó su mano.

—Por aquí_ La elegante mujer guió sus pasos hacia una imponente puerta de una oscura madera, la abrió y esperó a que el señor James cruzara el umbral.





Cuando James ingresó lo esperaba una sorpresa. Toda la enorme oficina estaba decorada al vibrante estilo Santa Fe. Tapices tejidos en las paredes, una hermosa estantería de madera de cedro que contenía obras de alfarería evidentemente navajas. Sus rojos, ocres y tierra daban un encantador aspecto a la oficina que recibía una importante luz de los enormes ventanales que mostraban un aspecto imponente del lago Michigan. El brillante piso en tono marrón estaba en su mayor parte cubierto por una alfombra evidentemente de origen navajo por el uso intenso del color turquesa.

Cuando James se fijó en el enorme hombre que se elevaba detrás de su escritorio para acercársele a saludarlo, por un segundo tuvo la certeza de que la alfombra y el estilo navajo coincidían con las raíces del hombre que lo estaba saludando. El hombre tenía una altura bastante considerable, entre uno ochenta y siete o uno noventa sin duda.

—Señor Windstone —le dijo estrechando la mano, y la segunda sorpresa lo cubrió, sus manos eran fuertes, grandes y callosas, no había duda que este hombre a pesar del elegante traje oscuro que usaba, trabajaba con sus manos, esos callos no se hacen detrás de un escritorio.

—Llámame Bradford, los Windstone somos tres, Mucho gusto señor James. Pase, tomé asiento.

Mientras James se sentaba, Brad lo observó mirar las fotografías que decoraban una de las paredes de la sala.

—Mi hermano Troy es el fotógrafo.

—Hermosas. Tiene usted una hermosa oficina Bradford, es algo insólito encontrar a Santa Fe en Chicago.

—Ese es mi hermano menor, Dalton, quiere mantener nuestras raíces.





Una sola mirada le bastó a Bradford para conocer a Robert T. James. Se veía nervioso e impaciente y demasiado seguro de sí mismo.

—Gracias por aceptar mi caso. Barnes me dijo que tenían una agenda muy ocupada. Esperaba que aceptaran.

John Barnes había sido su jefe durante los diez años que trabajaron en el FBI. Y cada vez que lo llamaba lamentaba el no contar con los hermanos Windstone. No era extraño ya que habían dejado tras de sí, el impresionante récord del cien por cien de casos asignados, solucionados. Insólito, y hasta ahora imbatible.

Los tres hermanos se habían constituido en la mejor brigada de investigación de la Agencia y Barnes como su jefe había recibido los honores. Su actual cargo de Director se debía completamente al trabajo que ellos llevaron a cabo.

Bradford sabía que si Barnes les había enviado a James, el caso no era tan sencillo.

—Sí. Tenemos una agenda llena, pero Barnes es un amigo pidiendo un favor especial.

—Barnes me contó que usted y sus hermanos mantuvieron un récord que aún no ha podido ser superado.

—Barnes exagera.

—No lo creo señor Windstone... y necesito pensar que es cierto ya que la vida de mi hija, está en peligro.

James sacó un sobre y se lo extendió.

—Señor Windstone, este sobre contiene un cheque en blanco. Coloque en él la suma que quiera pero deberá proteger a mi hija

—¿Deberé? — la voz de Windstone pareció cortar el ambiente.

Sus ojos parecían acusarlo así que James empleó el libreto que todos conoces y aceptan: el dinero

—No creo que se pueda decir no a un cheque en blanco ¿no le parece Windstone?





—Si Barnes le habló de nosotros, tal vez debería considerar que no es una regla que se aplica a todos, señor James.

James parpadeó. Algo en la voz de ese hombre decía que con él no se jugaba. Así que cambió de táctica.

—No creo que su sentido de la justicia y su aversión a un cheque en blanco se oponga a lo que le pido, ni que deje que una jovencita muera solo porque no le gusta como hablo. Necesito que... cuide a mi hija durante veinte días, nada más.

—¿Veinte días? ¿Quiere contarme qué pasa?

—¿Eso significa que acepta?

—Desde el mismo instante en que Barnes me llamó por usted, habíamos aceptado.

La cara de James se relajó visiblemente. Un largo suspiro acompañó la descarga de tensión de sus hombros.

—Soy el dueño de James Laboratory Medical, mi abuelo fundó la empresa el siglo pasado, desde entonces, primero mi padre y ahora yo hemos dedicado nuestra vida a la investigación de nuevos medicamentos.

Brad lo miraba, recostado sobre su sillón, con toda su atención fija en su rostro.

—Desde hace cinco años mis investigadores se encuentran desarrollado una cura contra la enfermedad de [Creutzfeldt-Jakob](#)¹. Hemos pasado por la comprobación pre-clínica. Esto involucró pruebas en laboratorio y en animales. Los resultados han sido bastantes buenos, por eso mi compañía entregó una aplicación para una nueva droga de investigación y luego aprobamos el estudio con humanos. Estamos en la etapa final, en veinte días, podremos ser

¹ Enfermedad degenerativa y mortal que afecta gravemente al sistema nervioso. Suele producirse entre adultos de edades entre los 40 y los 70 años y los síntomas comienzan con cambios de comportamiento, seguidos de **demencia senil**, alteración de la visión y movimientos corporales incontrolados. Suele producir la muerte al año de aparecer los primeros síntomas.(que pena que su cura solo sea ficción)





aprobados por la FDA². Cuando lo hagamos, el medicamento podrá venderse. Pero también desde hace cinco años hemos tenido problemas, que van desde accidentes, robos, desperfectos, hasta actos pequeños de sabotaje... Ahora cuando la última prueba ya ha concluido cambió el objetivo de los incidentes. Ya no atacan ni al laboratorio ni a mis investigadores, sino a mi hija.

James se tomó un respiro.

—Desde hace cinco meses mi hija ha tenido extraños accidentes, tres veces irrumpieron en su casa, y la destrozaron.

—¿Podría haber sido un delito aislado?

—No cuando dejaron escritos en la pared pintadas que decían “No sigas con Jacob”. Ahora ya no se conforman con eso hace una semana mi hija casi fue atropellada al salir de la facultad, dos veces. Las dos, solo su buena suerte evitó que cayera. En la primera una de sus compañeras le gritó que se había olvidado una carpeta, mi hija paró en seco, y ahí pasó el automóvil que hubiera acabado con ella. En la otra, enganchó su taco en la alcantarilla y se detuvo. Las dos veces esos automóviles estuvieron a milímetros de ella.

—¿Tampoco los considera incidentes aislados?

—No es posible, ellos me llamaron en esas dos oportunidades avisándome que eso me pasaba por meterme donde no debía.

—Eso nos deja veinte días para evitar que a usted y a su hija les pase algo.

—Yo no tengo problemas, estoy investigando un nuevo medicamento y paso todo mi tiempo en el laboratorio. Puedo quedarme a dormir allí. La seguridad es muy fuerte, pero no puedo mantener a mi hija encerrada, no cuando le queda un mes de clases y está en época de exámenes. Por eso lo necesito. No quiero correr el riesgo de perder a

² [Food and Drug Administration](#)





mi hija, y que termine pagando porque alguien considera que este medicamento en venta, mermará de alguna manera sus ingresos.

—Bien señor James, desde este momento comenzamos a trabajar para usted —Brad concentró su mirada en él— necesitareé algunos...

—Algunos datos de mi hija, traje lo que pensé que le serviría. Si le hace falta algo más, llámeme.

James le entregó un sobre de papel Manila y una tarjeta.

—Pedí a dos hombres de seguridad del laboratorio que cuiden la entrada de su departamento. Mi hija me prometió que estaría allí hasta esta tarde.

—Tiempo suficiente para instalar todo un completo equipo de seguridad. Esa es la especialidad de mi hermano Troy. ¿Su dirección está anotada? —preguntó Brad mirando el sobre que tenía en la mano.

—Tiene todo, incluida una foto.

—Excelente Señor James, nos ocuparemos.

—¿Necesita alguna otra cosa?

—Por ahora no.

—Entonces me retiro. Gracias Windstone. Mi hija es lo más preciado que tengo.

—Vaya tranquilo James, nos ocuparemos del problema —el tono de su voz no parecía dar espacio a ninguna duda. James respiró con alivio. *Ellos se ocuparán del problema.*

James se puso de pie y caminó hacia la puerta. Estaba tomando el picaporte para abrir cuando se dio vuelta.

—Una cosa más. Mi hija... cómo se lo explico... mi hija es una jovencita muy tímida, muy introvertida y bastante... no sé, inocente... Me pidió que no los contratara, me dijo que podía protegerse a sí misma sin extraños cerca, que estaría bien. Téngale paciencia.





Como Brad lo miraba con toda atención. Extendió su mano para saludarlo. Sin soltarlo James agregó:

—Su madre murió muy joven y casi se crió sola...

—No se preocupe James, nos pondremos de acuerdo.

James le sonrió convencido de lo que decía y salió de la oficina.





CAPÍTULO 2

Cordelia apareció con una humeante taza de café. Observó como Brad guardaba un pequeño sobre con una sonrisa y acercaba a sus manos un sobre Manila. Se sentó, tomó el abrecartas y lo abrió.

—Gracias Cordi. No sé qué haremos cuando te vayas.

—Ya empecé a buscar una suplente. No te preocupes cuando me vaya ni siquiera notarás la diferencia.

Brad sonrió —lo dudo _le respondió mientras se enfocaba en la información que contenía el sobre.

Maddison James

Oxford Street 1287

Dpto 14

Estudiante de Administración de empresas en la Chicago University.

Un edificio. Pensó Brad, eso simplificaba la seguridad. Detrás de la hoja con sucinta información venían los datos de Robert T. James, domicilio, teléfonos varios, incluidos el del laboratorio, mientras lo miraba cayó sobre el escritorio una foto.

Cuando la recogió la miró. *La tímida señorita James, supongo.* El rostro que lo miraba parecía el de una niña de rasgos casi élficos. Una preciosa piel blanca en abierto contraste con el extraño color de su cabello, diversos tonos de marrones que iban del rojizo hasta el castaño dorado, unos enormes e inocentes ojos color ¿café? muy claros. Pero lo que llamó inmediatamente su atención fue su boca de gruesos labios en un diseño perfecto, su tono rojizo, su tamaño, el pequeño mohín que le otorgaba a su rostro un encanto angelical, una boca verdaderamente besable. ¿Besable? Bradford se sonrió a sí mismo. De repente se encontró imaginando a la tímida señorita James chupándolo mientras esos enormes ojos lo miraban hacia





arriba. Esa boca debía ser algo extraordinario y no solo besable. Imaginarla arrodillada ante él, con sus preciosa boquita chupando la cabeza de su pene ruidosamente, logró que su polla se moviera enérgicamente en aceptación y entusiasmo. *Así que estamos de acuerdo.* Pensarlo lo hizo sonreír y así lo encontró su hermano Troy.

Troy tenía 28 años, cinco menos que él y físicamente compartían muchos genes. Ambos, en realidad los tres hermanos Winsdstone, medían lo mismo, el metro ochenta y ocho. Los tres parecían avezados deportistas, de grandes hombros, trabajados bíceps, producto de buenas sesiones de pesas y un duro entrenamiento policial. La única diferencia entre ellos era el color de sus ojos. Y el carácter. Bradford era el mayor, y había tenido que hacerse cargo de sus hermanos cuando sus padres murieron, ese infausto hecho lo había vuelto taciturno y eternamente preocupado por controlar todo, Troy como el hermano del medio, era su opuesto, tranquilo y despreocupado. Para salvaje estaba Dalton. Como el menor de los hermanos, siempre le habían dejado hacer todo lo que se le ocurriera y muchas veces lo que quería nunca era lo aceptable. Brad y Troy rogaron muchas veces frente a su locas aventuras que algún día se les concediera la gracia de tener un hermano con cerebro. Hasta ahora lo único que salvaba a Dalton de morir a manos de sus hermanos era su trabajo dentro de la empresa. Era el mejor en lo suyo y lo tomaba con absoluta seriedad. Así como Bradford estaba a cargo de toda la informática y las tecnologías de la información, Troy se ocupaba de la seguridad y las alarmas y Dalton se ocupaba del personal de custodia y del armamento. No había arma que Dalton no manejara.

Los tres tenían el cabello oscuro, pero mientras los ojos de Brad eran profundamente negros, los de Troy eran azules pero tan oscuros que bien podían pasar por negros, lo que muchas veces hacía que la





gente los confundiera; y los de Dalton era de una extraño color verde azulado, solo tenían que llevarle la contraria y sus ojos se volvían tan oscuros como los de sus hermanos.

—Me dijo Cordi que estuvo James —le dijo Troy sentándose.

—Así es.

—¿Y?

—Alguien lo amenaza y ahora van detrás de su hija. Y teme por ella.

Brad extendió la foto de Maddison. Cuando Troy la tomó pegó un silbido bastante apreciativo —¡Preciosa!

Brad no contestó inmediatamente. —Su padre dice que es una criatura tímida, y bastante introvertida.

—La verdad, no me interesaría que me distraiga, solo que ponga esta adorable boquita en mi polla. ¿Para qué más?

—¿Debo recordarte como a Dalton que los clientes son sagrados?

Troy rió. —¿Te gusta eh? No te preocupes esa boquita será toda tuya. ¿Cuándo la vemos?

—En cuanto investigue a los James.

Brad sabía que James no le había mentido. Extraña habilidad que compartía con sus hermanos. Podían percibir hasta la más pequeña e inocente de las mentiras. Excelente si eres un investigador. Pero este don no era el único.

Desde tiempos inmemoriales, los miembros masculinos de su familia compartían un legado que los hacía únicos. Podían hacer creer a cualquier persona que miraran lo que ellos quisieran. De los tres, sólo Dalton había encontrado el lado divertido de sus dones, sobre todo cuando les hizo creer a uno de sus profesores que su patético titubeo en una lección oral, había sido la mejor lección que habían oído jamás. Y eso fue hasta que sus padres se enteraron. Pero Dalton jamás hizo las cosas fáciles para nadie.





Esa habilidad, como los hermanos preferían llamarla, había salvado sus vidas muchas veces y les había permitido solucionar todos sus casos. Pero no eran sólo esas habilidades las que les permitían resolverlos. Un verdadero trabajo en equipo y un esmerado trabajo de investigación habían cimentado la fama de Wind & Stone.

Y ese trabajo empezaba en su computadora, como ahora.

Dos horas después Bradford tenía en su escritorio toda la información existente sobre James. Lo que no había dicho tenía que ver con un rápido divorcio de su única esposa cuando su hija tenía cinco años, y su temprana muerte diez años después.

De la tímida hija solo los registros escolares que hablaban de notas que avergonzarían a Dalton, si ese sinvergüenza tuviera vergüenza. Ahora tenía 23 años y estaba en el último año de su segunda carrera, *vaya una chica estudiosa*, Administración de empresas. Tal vez se estaba preparando para hacerse cargo de las empresas del padre.

Brad tomó la foto de su escritorio la miró y dijo en un susurro — Maddison James, eres una preciosura.

Troy entró y le miró —¿listo?

—Sí. Vamos.

Cuando salieron de su oficina Cordelia los observó desde su escritorio

—Cuida el fuerte preciosa —le dijo Troy.

—Como siempre —le contestó—. Ah, llamó Dalton se demorará en llegar tiene un “problemita”.

La mueca de una semi velada sonrisa apareció en Bradford —¿rubia o morocha?

Troy rió mientras se acercaba besaba a Cordelada y salía detrás de Brad.

Cordelia trabajaba con ellos desde que iniciaron la agencia hacía ya casi seis años. Era la viuda de un compañero del FBI que había caído en acción mientras salvaba la vida de Troy. Desde ese momento se





adoptaron mutuamente y ahora ella ocupaba el lugar de la madre que habían perdido. Cordelia lo sabía como también sabía que su vida tenía sentido gracias a sus muchachos.

Troy se di vuelta y le dijo —llámalo y dile que Cruz estará esperando su clase de tiro en una hora.

Mientras conducía una enorme camioneta F1000, cuatro por cuatro, Troy ojeaba los papeles que James había dado a Brad. —Una vez que asegure a su hija me acercaré al laboratorio me sentiré mejor si compruebo su seguridad

—Bien.

El fuerte de Troy era la seguridad. No había nada que no supiera o sistema que se le resistiera.

Al llegar al lujoso edificio en el que vivía Maddison James se estacionaron y los dos como un ejercicio de respiración se concentraron en el viento. No había señales de peligro. Así que bajaron de su camioneta y se encaminaron hacia la entrada del edificio. Otra de sus extrañas e inexplicables habilidades, presentían el peligro como si el viento se los dijera.

—Bien, veamos como se protege la preciosa.

—¡Troy!

—Si ya sé. Es tuya, no te preocupes no la encandilaré con mi encanto, ni le diré que eres un anciano malhumorado que no tuvo infancia.

Al traspasar la puerta de entrada se encontraron con una brillante y resplandeciente recepción y a dos hombres sentados frente a las puertas de entrada.

—Los guardias _dijo Troy.

—Sip.

Los guardias se quedaron allí, escuchando lo que decían





—Buenos días —dijo simpáticamente Troy—. Lindo edificio ¿Qué medidas de seguridad ofrece a sus residentes?

El encargado sonrió a Troy y a Brad y abiertamente les respondió

—Buenos días señores. Pues verán, hay un circuito cerrado de televisión en la recepción, los ascensores y escaleras. Y si algo pasa una alarma se conecta directamente con la central de policía

El hombre no tuvo ni una sola oportunidad de oponerse. Las habilidades de los Windstone se habían puesto en acción y el encargado barboteó toda lo que sabía sin siquiera plantearse el por qué.

Troy lo escuchaba atentamente y Brad esperaba en silencio que terminara. Cuando lo hizo Troy le sonrió con empatía y se dio vuelta hacia su hermano.

—Seguridad Básica, con razón irrumpieron dos veces. Subamos. —le dijo a Brad.

Antes de alejarse del mostrador Brad se dio vuelta de nuevo hacia el encargado, le sonrió y le dijo

—Vamos a subir, no le avises a la señorita James, ella nos atenderá.

—El tono hipnótico de su voz no dejó posibilidad alguna de oponerse ni siquiera cuestionarse sobre ello—. Queremos sorprenderla.

Luego se dirigió a los guardias sentados y les dijo —muchachos, sigan sentados y no se preocupen desde ahora cuidaremos a la señorita James.

Los guardias acataron sus indicaciones y allí siguieron.

Mientras subían hasta el piso de Maddison, Troy iba concentrado en las debilidades de seguridad y haciendo planes para remediarlas y Brad se había sumergido en amargos recuerdos.

Había mucho en común en el caso James y sus propias vidas. Sus padres habían muerto mientras investigaban una falsificación de medicamentos a escala internacional. Los laboratorios manejan





fortunas incalculables y el dinero había logrado asesinar a sus padres dejándolos huérfanos cuando sólo tenía 20 años. Desde entonces era la cabeza de su pequeña familia. Habían sido sus habilidades especiales las que le habían permitido convencer a todo el servicio social que con solo veinte años y siendo un novato en el FBI podía hacerse cargo de sus hermanos de quince y trece años.

Tampoco fue difícil influir para que pudieran entrar al FBI una vez terminado su escuela secundaria. No había sido muy ético pero Brad sabía que esos dones que los hacían tan especiales allí serían realmente útiles. El asesinato de sus padres era una herida abierta en los tres y el sentido de justicia que habían sabido inculcarles los hacía perfectos candidatos. Teniéndolos cerca podría controlarlos más y por sobre todo se cercioraría que nadie supiese qué los hacía tan especiales y empáticos.

Al llegar a la puerta de Maddison tocaron el timbre. Si bien no lo había dicho abiertamente Brad sabía que le daría a la tímida señorita James un poco de sentido común *“podía protegerse a sí misma sin extraños cerca, que estaría bien”* Un pequeño empujón a la puerta pondría algo de perspectiva en esa cabecita hueca. Un pequeño susto le enseñaría que si alguien irrumpe en tu casa, destroza todo y deja su firma no es alguien a quien no debas respetar.

La mirilla se abrió y una dulce y cristalina vocecita preguntó:

—¿Qué desea?

—Señorita James, Troy y Bradford Windstone, de Wind & Stone. Su padre nos contrato. ¡Ábranos! —Bradford sabía que había puesto bastante poder de sugestión de su voz en ese *ábranos* para ser obedecido y en ningún momento dudó de que se le abriría la puerta. Así que esperó listo para el fuerte empujoncito que le daría.

Cinco minutos después Troy arrugaba su frente y preguntaba:

—¿Crees que está bien? ¿Por qué no abre?





—No lo sé.

En verdad estaba completamente desconcertado. Brad siempre, sobre todo desde que murieron sus padres, había necesitado saber que todo estaba bajo control, eso lo hacía sentirse seguro. Sus habilidades completaban ese afán de controlar todo a su alrededor y nadie jamás lo había desobedecido cuando le sugería algo. Inspiró buscando la ayuda del viento. Pero nada fuera de lo normal pasaba dentro de ese departamento.

Así que volvió a golpear.

—Señorita James, ¡*Abra!*

Largos tres minutos después la puerta se abrió. Una delgada, pequeña y descalza señorita James lo recibió. Vestida con unos vaqueros raídos, que dejaban ver parte de sus piernas y una camiseta sin mangas, que apenas llegaba a su cintura dejando su ombligo al aire y que dibujaba unos seños altos y turgentes. Sobre ella se había colocado una camisa demasiado grande de mangas largas y que llegaba casi a sus rodillas.

La carita que abrió la puerta era la misma de la foto. Su lacio cabello, caía casi hasta su cintura, parecía un remolino de tonos en marrones de todo tipo. Oscuros, claros, dorados... Y esos increíbles ojos *miel*, no castaños, solo miel, unos enormes ojos que no parecían muy felices de verlos.

Maddison jamás había visto dos especímenes masculinos como esos. De ojos oscuros, altos y algo intimidantes, apenas los vio por la mirilla lo primero que pensó fue que eran los chicos malos. Cuando se presentaron esa voz hizo correr un temblor por todo su cuerpo. De repente se sintió líquida. Tan consciente de su cuerpo como nunca lo había estado. Sus pezones se endurecieron con solo oírlo. Maddison apretó sus brazos sobre sus pechos cerró la ventanilla y esperó. Casi





inconsciente de sus movimientos se dirigió a su cuarto buscó una enorme camisa y la puso.

Se acercó a la cama, se sentó en ella y tomó el teléfono para marcar el número de su padre.

—¡Hola Maddison! —la saludó su padre—. Supongo que los de Wind & Stone ya fueron a verte.

—Creo que están en la puerta. Te dije que...

—Sé lo que dijiste amor, como sé que esos hombres no bromean. Descuida, el mismo director del FBI me los recomendó, son los mejores en su ramo.

—Dime cómo son.

—Altos, morenos, del tipo rudo. Nativos americanos o algo así.

Sí, eran ellos. Ahora no tenía más remedio que verlos. Su cuerpo aún no se reponía de la sensación dejada por su voz.

_Papá, yo...

_Tú, has lo que te digan. Ellos te cuidarán. ¿Está claro? No quiero volver a escuchar otra tontería como la de ayer, si te pasa algo será una vez más producto de tus caprichos de niña malcriada.

Típico de su padre considerarla una niña malcriada. No importaba que desde que había muerto su madre siendo tan chiquita, hubiera hecho todo lo posible para que se sintiera orgullosa de ella. No era una niña malcriada y los incidentes ocurridos no habían sido su culpa. Pero eso jamás su padre lo entendería. Cuando no eran sus reproches sobre el edificio elegido para vivir, era su poca cabeza para abrir la puerta y dejar entrar a mafiosos que habían destruido dos veces su departamento. Ni siquiera había podido decirle que había sido en su ausencia. Con su padre era inútil hablar. Su filosofía paternal se reducía a: *“yo tengo razón y tu debes permanecer callada”*

Algún día se rebelaría, algún día... le diría tantas cosas. Pero por ahora no, era la única persona en el mundo que la quería, al menos





siempre esperó que así fuese. No estaba lista para pelear con él y quedarse sola.

—Está bien papá, luego te hablo, los tengo en la puerta esperando.

Maddison cortó y se quedó un instante con el tubo en la mano. Aun le dolían los pezones y se sentía húmeda. *Dios, todo lo sucedido me ha afectado, es solo eso.* Junto valor se cubrió con la camisa amplia y salió abrir la puerta.

Estaba parada allí esperando recuperarse cuando el fuerte golpe la sacó de su hipnosis

_Señorita James, ¡abra! _Así que Maddison abrió.

—Perdón la demora, tenía que... comprobar que era quiénes dicen ser_. La voz de Maddison reflejaba inseguridad y temor.

Brad y Troy se miraron absolutamente sorprendidos.

—¿Habló con su padre? —Preguntó Brad.

—Así es.

—¿Y no nos abrió?

Maddison los miró de arriba abajo algo molesta, se la veía como *¿inquieta?* —Con... con todo... lo que ha pasado no dejaría entrar a... nadie que no supiera quién es_. Su voz algo tartamudeante era casi un murmullo.

Si Brad y Troy parecían algo sorprendidos, Maddison lo estaba aun más. Estaba dejando entrar a su departamento a los dos ejemplares masculinos más impactantes que hubiera visto jamás. Altos, morenos y hermosos. “peligrosos” decía un cartel sobre ellos. Exacta muestra de “Todo músculo, nada de cerebro”. Pero su padre le había hablado de Wind & Stone y sabía que era la mejor agencia de seguridad privada de Chicago. Entonces “Todo músculo y algo de cerebro”.

Estos dos perfectos especímenes empujaron inmediatamente el cuarto. Cuando se dio vuelta para dejarlos entrar se sintió como un ratoncito frente a dos elefantes. Los miró. Tan iguales pero tan





distintos. Uno, oscuro, distante, amenazante, el otro, parecía divertido, más franco. Más abierto, pero había algo en sus ojos, algo que impedía creerse que estabas frente a un chico bueno. Éste le sonrió se acercó a ella y le extendió la mano para saludarla.

—Troy Windstone. Mucho gusto. Mi hermano Bradford Windstone. Nos preocupó que no abriera.

Ella sostuvo su mano un momento y miró al otro hombre. Cuando sus ojos se encontraron se sintió como Caperucita a punto de ser comida por el lobo feroz. Sus ojos la miraban como si fuera a devorarla.

Bradford en verdad la miraba como si fuera a devorarla. Su boca era increíble. Por un segundo recordó lo que dijo Troy y su polla se endureció. *Demonios*. Qué boca... en ese mismo segundo sólo quiso arrodillarla ante sí, liberar su polla y meterla en esa infernal boca. Los dedos le picaron y tuvo que obligarse a abrirlos y cerrarlos antes de extender la mano para saludarla. Levantó sus ojos recorriéndola qué... tetas tan... extendió la mano y tomó la suya. Al tocarla se sorprendió, *un momento, ella parece, no... no parece, está asustada. ¿de él? No. No de él, de lo que sentía*, el aire se lo decía. Estaba furiosa, *¿furiosa?* Sabía que las mujeres no eran inmunes a sus habilidades y presencia, pero ella no parecía entrar en esa categoría. Y nunca había vivido una situación semejante, desde los doce años su voz había manejado a todo el mundo excepto a sus padres y sus hermanos. Miedo y enojo, interesante combinación para un ratoncito. ¿Cómo era posible? Así que lo intentó de nuevo, cargando en su voz toda la sugestión de que era capaz.

—Tráiganos un vaso de whisky. Llene los vasos y siéntese.

Los dos hombres la miraron como esperando que ella saltara ante su orden. Ella solo dio un respingo, su cuerpo se irguió ante el tono brusco de su voz. La vio sacar la lengua y pasarla por entre esa pecadoramente adorable boquita suya. La vio apretar sus manos





como juntando fuerza y mirarlo a los ojos, casi desafiante. Con el mismo desafío de un ratón frente a un elefante.

—Lo...lo... si...siento. No creo que sea..._aquí bajó la voz tanto que casi no escuchó lo que decía_, conveniente que... beban, se supone que están trabajando ¿o no? _sus manos habían tomado casi inconscientemente el borde de los puños, de unas larguísimas mangas y las apretaba como si ellas pudieran darle el valor que necesitaba_. Pero si podemos sentarnos. Pasen, por favor... _cuando dijo *por favor*, miró anhelante a Troy, esperando que él accediera.

Maddison no sabía que pensar ¿Le habían dado una orden?¿En su casa? Se dio media vuelta y avanzó hacia la sala sin esperarlos. Parecía que estaba condenada a interactuar con ellos. No era algo fácil para ella relacionarse con desconocidos, y menos con un aspecto tan... enorme. No le gustaban los hombres a los que tenía que mirar hacia arriba. Y menos cuando son tan manifiestamente autoritarios. Solo obedecía a su padre, pero no tenía que hacer lo mismo con estos dos extraños que la miraban de una manera...amenazante.

Troy miró a Brad. Ninguno de los dos entendía nada, pero la cara de su hermano reflejó tal desconcierto que lo hizo lanzar una carcajada, fuerte y clara.

Maddison escuchó la risa y se dio vuelta. *Reacción tardía* pensó. Los miró, tampoco entendía mucho y tenía sus propios problemas. Se sentía completamente acalorada. Desde el mismo segundo que tocó su mano, sus senos habían respondido a su toque como si pensarán por sí mismos, se habían espesado y erguidos. Sus pezones se convirtieron en dolorosos guijarros. Podía sentir su vulva hinchada. La humedad entre sus piernas mojó sus bragas como si hubiera abierto alguna compuerta en su interior. Su lengua recorrió sus labios repentinamente secos, mojándolos. Al tocarlo se sintió algo insegura,





como si le sobreviniera un leve mareo, que la hizo sentir tambaleante. Parecía de repente drogada, y no sabía por qué.

Así que miró a Troy que aún reía y se dio nuevamente vuelta. *¡loco!* Necesitaba algún refugio donde recuperarse del mareo, y la alejara de estos hombres; así que la enorme mesa de su comedor pareció el puerto más seguro.

Brad asesinó a su hermano con la mirada y salió detrás de Maddison mientras Troy intentaba calmarse para seguirlos.

Al entrar al otro cuarto, ella estaba sentada y callada, esperándolos.

Bradford se sentó frente a ella y Troy a su derecha. *Sigue asustada, ¿por qué?*

—¿Está asustada?

Maddison dio un respingo, que la hizo saltar, pero contestó *_No_*. Su voz nació del fondo de su garganta. La forma en que apretaba los puños de su camisa, atrajo la mirada del hombre y Maddison se dio cuenta que estaba apretando los puños con todas sus fuerzas, así que se obligó a soltarlas, para encontrar que sus manos no sabían qué hacer, excepto apretarse una contra otra.

Mientes ratoncito. Pensó Brad. Absolutamente atónito. Esto era insólito, jamás nadie les mentía, era imposible hacerlo.

—¿Le preocupa la situación de su padre? *_le preguntó Brad en un tono más amistoso.* Ella parecía a punto de tener un ataque de nervios por la forma en que sus manos se apretaban y temblaban.

—¿Mi padre? *_dijo apenas en un susurro para intentar luego dar más énfasis a su voz_.* Sí. Si me preocupa_. agregó

Sigues mintiéndome ratoncito. ¿Cómo podía ser? —¿Sabe por qué estamos aquí? *_le preguntó Brad*

—Sí. Reforzaré mi... seguridad hasta que se realice el anuncio del nuevo medicamento.





El ratoncito no lo miraba, apretaba sus dedos y los retorció unos contra otros. Esquivando su mirada.

Troy escuchaba y por su cara se diría que lo hacía fascinado. Jamás había visto a nadie que se resistiera a Brad, y esta cosita parecía llevarlo de la nariz.

—¿Sabe lo que eso implica? _Escuchó Troy que su hermano preguntaba.

—Sí... estará arriba mío durante 20 días.

Eso quisiera. Pensó Brad.

La extraña sonrisa que apareció veladamente en ambos, le indicó a Maddison que no había dado la respuesta más inteligente, *¿Qué le había dicho? ¿Arriba mío? ¡Qué imbécil!*

—Eso significa que durante 20 días la acompañaré adonde vaya, _le dijo Brad con un profundo tono de satisfacción que provocó en ella otro estremecimiento.

Esta vez fue el turno de Troy de mostrarse desconcertado. Dio vuelta su cabeza y miró a su hermano. ¿Brad la acompañaría? Siempre se designaba a alguno de los empleados para esa tarea, y esa era la parte de Dalton. Los tres hermanos Windstone manejaban una planta de quince hombres. Ellos solo se ocupaban de la logística y muy raras veces intervenían personalmente en el trabajo de custodia, de hecho solo había ocurrido dos veces en los últimos 4 años.

—Sí... eso pensé _su tono de voz no se afirmaba. Y sus manos volvieron a apretar sus puños.

Está temblando... —¿Qué le asusta? —Brad puso en su voz todo la sugestión que pudo una vez más, necesitaba saber qué le pasaba, pero nada ocurrió. Maddison sólo lo miró interrogante, por unos segundos para luego desviar la vista.

Troy buscó la mirada de Bradford y susurró casi imperceptiblemente —¡Hija de puta!





Maddison creyó escuchar lo que dijo, pero no estaba segura, así que lo miró completamente azorada.

Troy se dio cuenta que algo había oído y se disculpó. Ella se veía realmente asustada con su exabrupto. Como explicarle que era esa incapacidad de responder a su sugestión lo que la había provocado. Cuando la vio preocupada se disculpó en un tono cálido y empático:

_ Lo siento.

Bradford lo miró fulminándolo y le dijo —Troy, tienes trabajo ¿no?

Troy se irguió inmediatamente. _Por supuesto. Disculpe señorita James, me ocuparé de que su departamento sea inviolable.

Cuando salió Maddison no tuvo más remedio que mirar a Brad.

—No debe temerme_. le dijo Brad en un intento por calmarla, pero que Troy la dejara sola con él no pareció ayudar demasiado.

—No... le temo_. Fue su titubeante respuesta.

Brad volvió a sonreír. *Ratoncito mentiroso* Aún cuando nadie jamás les mentía, sabía que ella lo hacía. Eso lo desconcertó aún más.

Decidió cambiar de tema. —Cuénteme su agenda diaria. Paso a paso.

—De lunes a viernes curso en la Universidad de Chicago de 8,30 a 13 horas, almuerzo en la cafetería de enfrente y luego voy a la biblioteca. Me gusta estudiar allí. Con mis compañeros. A las 17 regreso a casa. Dos días a la semana hago yoga. Y un día cambio esta rutina y almuerzo con mi padre...

—Su padre dice que intentaron atropellarla al salir de la universidad.

—Sí.

—Y destrozaron su departamento.

—Sí. Por eso se ve casi vacío y está recién pintado.

—Nadie volverá a entrar. Troy se encargará de ello. Y en cuanto a su rutina, dejará las clases.

—No. No... puede pedirme eso _dijo con más fuerza de la que pensaba.





—Sí. Lo hará —Brad se oyó a sí mismo sonar agresivamente. Esto no estaba bien, algo pasaba y no sabía qué era. Los hermanos Windstone solo tenían que sugerir casi en un susurro y la gente frente a ellos hacía exactamente lo que querían. Nunca nadie la había respondido “no”.

—No. No puedo hacerlo. Estamos a fines del semestre, no... puedo faltar.

Bradford no salía de su asombro. Así que cambió de táctica. —¿Si hablo con el rector o con sus profesores y ellos aceptaran ¿lo hará?

Maddison sonrió para sus adentros, *pobre iluso, ni siquiera lo recibirán.*— Puede... intentarlo. *Le dirán que no.*

La sonrisa logró dos cosas: volver a sorprenderlo y endurecerlo más.

—Déjelo por mi cuenta—. Bien eso lo decidía. Como ella lo miraba, Brad agregó:

—Tampoco compañeros de estudio en la biblioteca.

En cuanto ella amenazó con hablar, Brad la detuvo, el tono de su voz era grave —Sin discusiones al respecto—, además —agregó sin dejarla hablar— son solo veinte días, supongo que sus compañeros no la olvidarán en ese pequeño lapsus de tiempo.

Este razonamiento pareció tranquilizarla. Dios esos ojos tan oscuros parecían marearla, *necesito... estar sola. No, Necesito que...me toque.*

Brad lo supo en el mismo instante que ella, supo que lo necesitaba y supo que era recíproco. Y Troy también.

—Brad, necesito que veas algo.

Brad salió de su nube de necesidad y se levantó. — Sus vaqueros se sentían repentinamente chicos, había estado a punto de arrojarse sobre ella. Su olor lo estaba volviendo loco y ella lo deseaba, ese ratoncito inmune a sus habilidades no era tan inmune a su cuerpo. Una espléndida sonrisa en reflejó en su cara.

—¿Me disculpa?





En cuanto Brad salió Maddison se puso de pie. No, intentó ponerse de pie. De repente parecía carecer de fuerzas, como si sus energías hubieran sido drenadas. Lo único que quería era a... ese hombre. Y esto la asustó. Su corazón comenzó a latir desordenadamente. Nunca se había sentido así, ni con Nick. Dejó el esfuerzo de levantarse porque sus piernas no se sostenían.

Habían estado de novios un año, con él había perdido su virginidad y jamás, jamás sus bragas se habían mojado con solo mirarlo. Nick había sido diferente. No había sido una buena idea dormir con él, había sido doloroso y para nada agradable. Desde su primera vez con Nick supo que no había nada memorable en tener a un patán bufando sobre ella, sobre todo si no sientes nada. *Frígida*, la palabra la había golpeado cuando Nick se la lanzó la última vez que se vieron. Ya no le dolía, de hecho había aceptado que no tenía una naturaleza sexual. Por un segundo la imagen de Windstone sobre ella en vez de Nick le provocó un escalofrío. Con unos ojos que quemaban, era evidente que Windstone tenía una naturaleza sexual en niveles estratosféricos. Ese enorme hombre bufando sobre ella podría ahogarla si antes no la aplastaba.

Brad estaba con Troy y podía sentirla, podía sentir su deseo y su miedo.

—Brad, ¿qué demonios pasa?

—Maldito sea si lo sé. No tengo la más puta idea. Puedo sentir lo que ella siente, pero no puedo sugestionarla—. La cara de Bradford reflejaba su desconcierto.

—Así que es inmune.

— Lo sé.

—Alguna vez, papá...

—No, Jamás mencionó que existiera alguien inmune a la sugestión.

—Disculpen.





Ambos se dieron vuelta a mirarla. —Tengo clases en unas horas y no puedo faltar.

—La llevaré.

—No.

—La llevaré.

—Pero...

Brad la miró con su cara de “no te conviene contradecirme”. Eso la detuvo en seco.

—Está bien, acompáñeme. Iré a cambiarme, —Se dio media vuelta mientras murmuraba—“Señor Prepotente”

— ¿Qué dijo? _la cara de Troy tenía una enorme sonrisa_. ¿Señor Prepotente? La preciosura sí que te conoce ¿No?

—Termina de una vez con tu trabajo y lárgate. Yo le enseñaré a usar el equipo.

—¿Le enseñaras? Supongo que te costará un maldito trabajo ¿no?

Brad lo miró con su cara habitual y se dio vuelta.

Se paró en la sala al lado de la puerta a esperarla. Se afirmó en la pared, con los brazos cruzados, apoyó la cabeza, relajó su cuerpo y pensó... pensó en su boca en su... polla, en su dulce olor que parecía gritar por él, en su incapacidad para manejarla. En esos grandes ojos color miel que parecían atemorizados hasta de su sombra. *Ratoncito miedoso.*

Diez minutos después ella apareció. Su cabello relucía, indudablemente lo había cepillado y se había puesto un vestido estilo paisano. Largo, con una larga hilera de botones en la delantera. Había colocado brillo labial a sus labios lo que hacía que su boca fuera un imán para los ojos de Bradford.

—¿Vamos?

Brad sólo la miró y le señaló la puerta. Al salir miró hacia atrás. Troy le hizo un gesto con sus cejas.





—Completaré esto y me iré.

—Bien, nos vamos.

El silencio se instaló entre los dos camino al ascensor. Cuando las puertas se abrieron Maddison quiso ingresar pero Bradford la detuvo, se asomó y le hizo ademán de que pasara, luego ingresó y se quedó a su lado. Maddison se sintió inexplicablemente pequeña.

Brad sintió su olor. Miedo y excitación. Estaba excitada, *¡hija de puta, va a matarme!*

Dos pisos más abajo la puerta se abrió y un hombre delgado con maletín en mano y con todo el aspecto de ser un ejecutivo, hizo el amague de entrar.

Brad lo miró y le dijo —Demasiada gente, espera otro.

El hombre sólo asintió.

Maddison lo miró espantada —¿Si... siempre hace eso?

—¿Qué cosa? _El tono vivaz de Brad amilanó a Maddison

—¿Qué cosa, señorita james? _Le volvió a preguntar en un tono más bajo, mas suave

Maddison lo miró y le respondió:

_Ordenarle a la gente.

—No les ordeno.

—¿No? Vaya

Un nuevo silencio se estableció entre ellos. Maddison lo miró apretó sus manos sobre los libros que llevaba afirmados contra su pecho, cuando pensó que debería volver a preguntare en qué pensaba ella le preguntó:

_Y... ¿Y cómo llama a eso que acaba de hacer?

—Sentido común. Podría cargar un arma y dispararle.

La voz de Maddison tembló y su rostro enmudeció —¿De... veras?





—De veras —Brad la miró y se acercó a ella—. No se preocupes, nada va a pasarle. —Su voz tan cerca provocó en ella un temblor que recorrió su espina.

Brad estaba en verdad enojado. Enojado por saber que estaba asustada. Si ella pudiera ser sugestionada ni siquiera sentiría temor, y mucho menos preocupación, un leve comentario como “no debes preocuparte” evitaba un sinnúmero de problemas entre sus clientes. Su intención de sugestionarla y calmarla lo único que había logrado era que se pusiera más nerviosa. Era evidente que no sucumbía a sus habilidades. La pregunta era ¿por qué?

Al llegar a la planta baja salió delante de ella para esperar caminar a su lado una vez que salió del ascensor. Los dos hombres que su padre había puesto a cuidarla se elevaron inmediatamente pero al ver a Windstone, se sentaron de nuevo.

El tipo de informes se elevó nada más verla y le sonrió:

—Maddison, preciosa, te ves tan bella como siempre.

Brad lo miró y simplemente le dijo

—Desde ahora en adelante, sería mucho mejor que dejes de babear al verla, la llames señorita James y jamás, jamás vuelvas a fijarte en cómo viste_. El tono demandante de su voz no dejaba dudas, eso fue un orden, lisa y llana.

Maddison a su lado estaba congelada. No podía creer lo que acababa de escuchar.

—Robert...

—¿Si señorita James?

—Olvida todo lo que dijo el..._indecisa sin saber cómo calificarlo, dijo en un tono más bajo_, señor Prepotente. Él... no es: nadie para decirte qué hacer o qué decir.

—Si señorita James...

—Maddison.





—Maddison, señorita James.

—Maddison solo, Robert.

—Maddison solo señorita James.

Cuando Maddison miró a Bradford, éste le sonreía.

Bastardo petulante. Murmuró entre dientes,

Más que oírlo Brad lo intuyó. Y se sonrió.

_No sé cómo lo hace. —el tono de Maddison transmitió su furia. Para Brad eso era un adelanto.

—Señorita James, ¿se siente bien? —le dijo Robert preocupado.

—Ella se siente bien, Robert. Sólo está adquiriendo confianza. Gracias por preocuparte.

Maddison lo miró sorprendida por su comentario “¿adquiriendo confianza?” se dio vueltas y se dirigió hacia la puerta de salida.

Bradford sólo cabeceó a Robert y la siguió.

Mientras caminaba detrás de ella, Brad se conectaba con su entorno. Durante un segundo se extendió mentalmente, un juego que lo había ayudado muchas veces. Podía percibir el peligro, el viento solía hacerle saber cuándo algo no estaba bien. Cuando lo necesitaba Brad podía hacer funcionar su mente como un radar y ahora mismo este radar le estaba diciendo que todo estaba bien. Así que pudo mirar a Maddison caminar delante suyo.

Y no fue una buena idea.

Maddison era una cosita bastante pequeña, bien debía llevarle unos treinta centímetros. Algo tan pequeñito no debería caminar de esa forma. Un ondulante movimiento de caderas, tan explícitamente sensual que Bradford se obligó a respirar para no ahogarse. Su cabellera castaña ondeaba al viento; lacio y largo, rozaba sus caderas. El viento también había decidido hacer las cosas difíciles para Brad, agitando la larga falda de delgado material amoldándose a sus muslos.





¿Qué clase de ropa interior llevas, ratoncito? Tal vez ninguna. Pero no. Éste ratoncito no parecía ser la clase de chica que no llevaba nada debajo del vestido.

Cuando se dio vueltas buscándolo, lo sorprendió mirándola. La forma en que lo hacía hizo subir sus colores inmediatamente.

Brad sonrió. No podía leer su pensamiento pero sabía que esos colores lo involucraban y eso lo hizo sentirse muy bien. Se acercó a ella y se paró a dos centímetros. Maddison rehusó hacerse para atrás. Así que levantó su cabeza y lo miró.

—¿Podría... por favor, darme mi espacio? —Le dijo *¿Es que este espléndido hombre es real?* atinó a preguntarse Maddison mientras lo miraba.

—Soy todo el espacio que necesitas — le respondió y su voz tuvo ese raro ronroneo que hacía marear a Maddison.

—Por ahora solo quiero diez centímetros de aire _le dijo en un tono titubeante para luego murmurar, _no contaminado.

Brad rió fuerte. *Mi ratoncito está sacando sus garras.*

Las piernas de Maddison en verdad flaquearon. No solo por lo que su risa hizo a su cuerpo. Fue como entrar en un mundo de sensualidad que la dejaba laxa y algo mareada. *Supongo que escuchó mi comentario.* Ni siquiera se había dado cuenta que lo había dicho en voz alta.

Una ráfaga de aire los envolvió y el largo cabello de Maddison voló sobre su rostro y Bradford lo recogió, lo acarició y colocó detrás de sus orejas. Sus dedos no eran suaves, *manos de trabajo* pensó Maddison pero cuando esos dedos se adueñaron del lóbulo de su oreja y lo apretaron suavemente, una y otra vez, Maddison perdió el equilibrio.

Allí, parado, Bradford estaba tan cerca que no fue difícil estirar su otra mano y atraerla hacia sí, tomando su cintura, cuando Brad la





estrujó contra su pelvis, Maddison solo atinó a respirar mientras una de sus manos subía a su pecho y la ponía entre los dos, intentando sin éxito empujarlo hacia atrás. Maddison se sintió atrapada, incapaz de moverse, esa cosa de que la tocaba y perdía sus fuerzas no le gustaba nada. Parecía que acaba de entrar en esa difusa frontera que une el sueño con la vigilia. Su corazón era lo único que parecía moverse, latiendo desordenadamente.

—Yo te sostengo —dijo Brad en su oreja, bajando su rostro hasta posar su cabeza en la suya y allí colocó un mechón de cabello detrás de ella.

Maddison ni siquiera podía pensar. Lo único que quería en ese instante era recostarse sobre él y no moverse jamás.

Bradford no sabía qué pasaba pero de algo estaba seguro, Maddison era completamente inmune a su voz pero respondía completamente a su toque. En un segundo supo que ella estaba indefensa en sus brazos y ese descubrimiento lo fascinó. Y no tenía ninguna explicación para ello. Su voz siempre había funcionado, desde que cumplió los doce años. Y encontrarse a alguien a quien no podía sugestionar era algo que necesitaba tiempo y análisis. Desde el mismo instante en que vio su fotografía, algo indefinido lo molestó, primero había pensado que era sólo el enojo de imaginar a esa pequeña mujercita sufriendo a causa de los problemas de su padre. Ahora saber que sólo con tocarla, quedaba inerte en sus brazos lo llenó de regocijo, pero también de preocupación. No sabía que andaba mal pero debería hablarlo con sus hermanos. Como había hecho muchas veces antes, lamentó no tener a sus padres, para preguntarles todas sus dudas.

Quedarse solo con sus hermanos no había sido sencillo, y menos en el momento en que comenzaba a conocer sus habilidades. Él mismo apenas entendía en qué consistían y debía responder a sus hermanos





sobre ellas. Fue difícil crecer sin padres. Al menos le había permitido conservar a sus hermanos con él.

Maddison estaba completamente abandonada en sus brazos, sentirla tan cerca lo había puesto una vez más tan duro que le dolía. Por un segundo se refregó sobre ella y su placer fue agónico. Los ruidos detrás suyo lo despertaron.

—Maddison, ratoncito —le dijo mientras intentaba separarla de su cuerpo.

—Maddie.

—Maddie, preciosa, Viene gente y mi camioneta está en el otro sector.

— Mi auto está... enfrente —la voz de Maddie parecía drogada.

Brad la soltó y la tomó de sus hombros.

La cabeza de Maddie se irguió, buscando sus ojos. Parecían nublados, como si acabara de despertar. Brad sonrió. —Bien, ratoncito. Iremos en tu auto. ¿Crees que puedes sostenerte si te suelto.

—Por... supuesto, —fue la respuesta no muy convincente de Maddie.

Él también necesitaba separarse y enfriarse un poco, sabía que era un hombre de pasiones fuertes, pero nunca se había puesto tan en evidencias, refregarse con una mujer en un sitio público no era algo que pudiera constar en su curriculum. De hecho tenía un muy fuerte apetito sexual pero en un dormitorio y con todo bajo control. *Dios, estoy en problemas*, pensó. Mientras miraba a Maddie ya estaba planeando su próxima movida para tener a ese ratoncito en la misma posición pero en un ambiente absolutamente controlado.

—Bien, vamos —dijo Brad y la soltó.

Maddison lo miró, Brad sabía que ella buscaba recuperarse, igual que él. Que buscaba algo que diera claridad a su pensamiento.

—Mi... mi auto... está enfrente—. Maddie se dio vueltas buscando recordar como caminar.





Brad la siguió con una enorme sonrisa y una incómoda erección hasta que vio a Maddie junto a su auto.

No había modo en el que entrara en... eso.

Eso era un pequeño y coqueto automóvil MINI de color rojo cereza.

—Olvidalo Maddie, iremos en mi camioneta.

Maddison lo miró desconcertada. —¿Por... qué?

—¿Acaso crees que puedo entrar ahí?

Maddison lo miró, miró el coche y comprendió que efectivamente no habría posibilidad alguna de que entrara.

—Está bien. Iré en mi auto y puede... seguirme en el suyo_. Fue la sugerencia de Maddison, su voz tenía el tono de recién salida de las sábanas, ronca y sugerente pero también contestaria.

—No. Yo iré e “mi” auto y “tú” irás conmigo. —Le dijo Brad señalándola.

—No... —la voz de Maddie no era muy segura— no voy a llegar a la universidad con un perfecto desconocido para que todo el mundo me pregunte quién eres.

—¿Perfecto? —La sonrisa brillaba en sus ojos.

Imbécil. Perfecto imbécil —se amonestó Maddie. —Iré en mi auto... puede seguirme—. Maddison tomó coraje y se dirigió hacia su auto.

Bradford miró el pequeño coche durante un largo minuto. Se dio la vuelta y se dirigió hacia su camioneta 4X4. *Maldita sea, hija de puta ¿Cómo mierdas puedes ser inmune?* No sólo no lo sabía, tampoco existía nadie a quién preguntarle.





CAPÍTULO 3

Hacia tres horas que esperaba a Maddie. Se había sentado en el aula, a una orilla cerca de la puerta de entrada, casi enfrente de la clase. No le había sido difícil convencer a todo aquel que lo miraba que era una enorme, verde y exuberante planta.

Maddie lo observaba desde su asiento. Cuando lo vio ubicarse allí, en el mismo salón de clases, sentarse, estirar sus largas piernas enfundadas en un caro pantalón de vestir y cruzar sus brazos estirando la parte superior de un traje evidente hecho a medida, los colores subieron a su cara y no la abandonaron más.

¿Cómo era posible que nadie dijese nada, qué nadie le prestase atención? Todos sus sentidos y su atención estaban enfocados en ese nombre que la miraba cómo si nada más existiese. *Maldito sinvergüenza, lo hace a propósito*. No sólo estaba roja, le dolían los senos, inexplicablemente hinchados. Estaba molesta y se sentía molesta, mojada, incómoda, *Maldito sinvergüenza*. Seguro lo hacía por vengarse, ¿qué culpa debía sentir si su auto era perfecto para ella? Y esa manía de darle órdenes. ¿Quién se pensaba que era, su padre?

La relación con su padre nunca había sido muy buena. No descreía de su amor por ella, sólo de su capacidad de demostrarlo. Las órdenes en su padre encubrían el afecto que sentía por ella. Le encantaba saber que ella estaba dónde podía controlarla. Pero esto no era la cara visible de un carácter despótico, sino la necesidad de saber que estaba segura. Esta incapacidad de manifestar sus sentimientos con órdenes y control había sido la pared que siempre se había interpuesto entre ellos, aún desde antes de la muerte de su madre.





Eso sólo lo había agudizado. Ahora su padre la ponía bajo la palma de otro hombre controlador, y si bien necesitaba ser protegida de ninguna manera permitiría que le dieran órdenes. Y ahora esto, era el colmo, ¿Cómo escuchar una clase cuando él sólo la miraba?

El timbre la sacó de sus cavilaciones. Recogió sus útiles, se levantó y salió. Pasó a su lado sin siquiera mirarlo.

Brad la siguió y cuando la vio entrar en grupo a la cafetería se ubicó donde podía observarla y se quedó, mortificándola una vez más.

Ella se sentó junto a un grupo bastante bullicioso, que no desentonaba con el resto de la cafetería. Allí, en el grupo, Maddie se veía diferente, más segura, más confiada. Departía con todos y a todos sonreía con dulzura y paciencia. Brad notó que a él no le había dado ninguna sonrisa desde que lo había conocido. Y recordarlo le agradó menos que ver lo amable que era con todos esos estúpidos niños de mamá, menos con él. *Señor prepotente* le había dicho. ¿Él era prepotente? Nada más alejado de la realidad. Solo había establecido ciertos límites a la gente que la rodeaba. Límites por otra parte que evidentemente necesitaba. Su trabajo era cuidarla. Sólo eso.

Brad no sacaba sus ojos de ella. Desde que se había sentado, había hablado por teléfono dos veces con su hermanos y seguía allí, mirándola, memorizando el tono exacto de su piel, un suave y cremoso dorado, su largo cabello castaño, que no era tan castaño, con esos extraños mechones rojizos, marrones, oscuros, claros, dorados; lacio y pesado, constantemente caía ocultando para su disgusto sus voluptuosos senos.

Sus senos no eran grandes, ni tampoco chicos, sólo perfectos. Insolentemente erguidos pidiendo su atención. Atención que se moría por brindar.





En esos momentos Maddie podía sentir su mirada, sus pezones se habían convertido en duros guijarros bajo el delgado vestido. Al menos su pelo podía ocultarlos. La avergonzaría profundamente que todos la miraran y vieran sus pezones completamente excitados por eso estúpido, mandón, engreído y prepotente bastardo que bien podría vigilarla oculto. Pero, no, había decidido hacerle el día insoportable comportándose como un neardenthal. Le sorprendía que no la hubiera agarrado de los pelos y arrastrado para mantenerla segura en su casa. Además, ¿desde cuándo un guardaespaldas la vigilaba delante de todos? y ¿cómo es que nadie se sorprendía de ver a un desconocido de ese tamaño y aspecto? Parecía que nadie lo veía. Increíble. Ella no podía sacárselo de encima y nadie lo veía. ¿Qué demonios estaba pasando? Miró a la gente de seguridad, ni siquiera parecían darse de cuenta de su presencia. Por dios ese hombre gritaba “peligroso” sólo con verlo.

Al menos pronto terminaría el día, un toque de timbre y todos salieron al pasillo, que los llevaría a sus aulas. Maddison ni siquiera lo miró, bueno si lo miró, pero solo para quedarse con la boca abierta, el maldito se movía hacia ella y parecía Moisés abriendo las aguas del Mar Rojo, todos se hacían intuitivamente a un lado haciéndole paso. Maddie no podía cerrar su boca del asombro. Bradford avanzó y se paró frente a ella. Y la miró. Y Maddie en lo único que pudo pensar fue en que se derretía. Su cuerpo parecía electrizado, demasiado sensible, demasiado... ¿excitado? Brad se acercó más y su ronca voz le dijo:

—Ven aquí, Maddie.

Ella pudo leer sus intenciones como si las hubiera escrito en las paredes de la cafetería. Vio sus ojos, esperando que ella avanzara hacia él, que se enredara en él. Lo vio alargando la mano para sacar su cabellera de sus pechos y dejar a la vista sus excitados pezones.





—¡Ven aquí! —repitió con fuerza.

Eso la despertó, la hizo consciente de donde estaban, en el medio de la cafetería, mientras todo el mundo pasaba sin verlos. Maddie se dio media vuelta y salió hacia su clase. Necesita alejarse de ese espantoso manipulador.

Bradford quedó allí, parado, buscando entender qué había pasado. La había sentido, sabía que estaba excitada, sus sentidos con claridad le habían mostrado cuánto lo deseaba, si sus erguidos pezones no fueran suficiente señal; si ella hubiera aceptado su sugestión podría tenerla sobre esa mesa sin que nadie siquiera lo hubiera notado.

Una hora y media después la última clase terminó, Maddie supo que debería pedir los apuntes, no había escuchado nada, y había escrito cualquier cosa. Todo por ese asno prepotente que sólo se había sentado allí a mirarla, mirarla y mirarla... mientras ella se sentía... se sentía... mojada... y molesta, ¿cómo era posible que su vagina pulsara?. Estaba tan enojada que solo quería llegar a su casa, bañarse y alejarse de ese patán asqueroso y controlador.

Cuando el timbre sonó, Maddison se levantó y sin siquiera esperarlo se dirigió hacia el estacionamiento en busca de su auto.

Brad la siguió de cerca, nadie osó meterse en su camino, solo la siguió a unos pocos pasos detrás. Al llegar al exterior Brad extendió sus sentidos, el viento no le trajo peligro, pero si inquietud. Brad vigiló y no observó nada sospechoso. Sin embargo todos sus sentidos estaban alertas. Así que permitió a Maddison caminar hacia su cucaracha. Se veía algo molesta y temblorosa. El viento le había traído su olor y sabía que estaba enojada con él por como se había comportado. Bradford se sonrió a sí mismo, había disfrutado vigilarla. Ni siquiera tenía que haberlo hecho. Podría haber quedado con la misma gente de seguridad, algunos consejos a Maddie, que no seguiría, y haber vuelto a buscarla. Pero hacía mucho que no





disfrutaba de molestar a alguien, el pequeño ratoncito, parecía estar a punto de convertirse en una leoncita feroz, y una muy, muy excitada. Saber que la ponía caliente hace mucho al ego de un hombre. *Demonios*, él también lo estaba y agradecía que sus habilidades pudieran impedir que los demás vieran su bragueta a punto de reventar sus pantalones. Estar sentado mirándola por más de cuatro horas no había sido fácil.

Verla rodeado por una parvada de gansos imberbes que aprovechaban cualquier oportunidad de tocarla, *demonios*, nadie debería tocar su cabello.

Cuando la vio entrar a su autito y encenderlo, el viento se arremolinó a su lado y se lo dijo, *algo no está bien*, intuición, instinto o habilidad, no importaba. Supo que era así, *algo no está bien*. Gritó mientras comenzaba a correr para acercarse a ella —¡Maddison! —en ese mismo momento un grupo de ruidosos estudiantes se retiraban en sus motos de grandes cilindradas del estacionamiento. Su grito se perdió en el ruido. Cuando vio arrancar a Maddison, corrió hasta su camioneta y salió tras ella.

El sector dedicado a estacionamiento era enorme. Brad detrás de Maddie ignoró la calzada y se adelantó cruzando con su camioneta por la zona peatonal, tocando intermitentemente la bocina. El enorme vehículo no tuvo dificultades en cruzar a través de los canteros con flores y el pequeño borde. Un grupo de alumnas se corrió evitando ser atropelladas. Ese acto le permitió acercarse a Maddie mucho más. Le tocó bocina —Frena Maddie, ¡Frena!, ¡maldita sea!

Cuando Maddison sintió los bocinazos, miró por su espejo retrovisor para ver el auto de Brad cruzar el área peatonal, en dirección a ella, y supo instantáneamente que algo no estaba bien, inmediatamente respondió frenando. Apretó los frenos y nada pasó. Lo intentó varias veces y nada.





Supo que no debía salir de los límites del estacionamiento de la universidad que a esa hora comenzaba a tener algo de movimiento con la finalización de las clases de ese día. Así que con la misma velocidad que llevaba, que no era mucha considerando que acababa de encender el auto, vio delante de sí que su carril se terminaba y decidió mantenerse en él. Girar cuando se terminó el carril se convirtió en un acto de supervivencia. Sabía que debía mantenerse en las sendas y no salir, por lo tanto tenía que doblar para continuar dentro del estacionamiento, la velocidad la llevó a exigir el volante. El cochecito se inclinó hacia su izquierda como si anduviera en dos ruedas pero logró mantenerse erguido. Maddison vio al instante la camioneta de Brad ponerse a su lado. Maddie lo miró de reojo, y le gritó— ¡No tengo frenos!

Enfocándose en guiar en medio de algunos pocos estudiantes que caminaban a sus autos, tocó la bocina. Dos jóvenes cargadas de libros cruzaban justo delante de Maddison. Para evitar atropellarlas giró hacia la senda peatonal, una pequeña franja de césped con pequeños canteros de flores. La cruzó. El autito se tambaleó y corcoveó. Los ruidos de los golpes asustaron a Maddie pero se aferró al volante con fuerza y logró pasar del otro lado, esta vez girar y mantenerse en la nueva senda de tránsito fue difícil, el auto se bamboleó hacia un costado pero se estabilizó. Evidentemente cruzar los canteros había dañado algo en el pequeño vehículo, el auto pareció quebrarse y el ruido que hizo aturdió Maddie. Rezó por que se detuviera, o se rompiera o cualquier cosa que parara el auto.

Cuando levantó la vista buscando a Brad de nuevo lo vio adelantándose a su auto y colocándose frente a ella. Ese enorme armatoste no la dejaba ver, por un segundo presintió que moriría estampada en él antes de parar. Maddie lo tocó y el golpe la llevó a chocar su estómago contra el volante. La bolsa de aire se abrió ante





ella y casi sin aire, levantó su cabeza para sacarla de la misma y ésta se movió de atrás hacia adelante con el primer golpe, como el chicoteó de un látigo. Dedicó un segundo un pensamiento al cinturón de seguridad. El segundo golpe, la encontró más preparada, y esta vez ya no se separó del auto de Brad.

El chirrido de las ruedas era insoportable, el olor a llantas quemadas se unió a los ruidos de los autos y los latidos del corazón de Maddie. Su cabeza latigaba de un lado a otro pero sentía como el automóvil frenaba.

Agradecía que Bradford tuviera un auto tan grande y fuerte. Evidentemente la iba frenando. Con un espantoso chirriar de hierros y llantas el pequeño auto por fin se detuvo.

Bradford abrió la puerta de su camioneta y se bajó. Corrió hacia Maddie e intentó abrir la puerta. Maddie se veía blanca y asustada. Brad buscó algo en la bota y arremetió contra la bolsa de aire luego metió los brazos por la ventanilla al ver que la puerta se había trabado, se introduzco hasta llegar al broche del cinturón y lo abrió. Podía sentir en su rostro los jadeos sin aire de Maddie. Cuando lo desabrochó, la tomó de las axilas y la sacó con cuidado por la ventanilla. Cuando la sacó intentó ponerla de pie y Maddie incapaz de sostenerse aflojó sus piernas. Sabía que Brad la sostendría. Y eso hizo.

Brad se agachó la tomó de las rodillas y la levantó, la sentía tan pequeña en sus brazos.

—Casi... casi... las atropello, casi... pude... matarlas... —repetía Maddie en sus brazos apretándose contra su cuerpo.

Brad jamás deseó tanto el poder de su voz como en ese momento, quería calmarla, necesitaba calmarla.

—Shh, rantoncito. Ya pasó. No les hiciste nada. Míralas, Maddie, mira—. Maddie sacó su cabeza del pecho de Brad para mirar a las





asustadas jóvenes a su lado. Estaban al igual que ella agitadas y temblorosas.

—¿Qué pasó? —preguntó una de ellas.

Maddie solo sollozaba intentando calmarse. El toque apacible y calmo de Bradford la rodeaba. Se sintió segura en sus brazos y como siempre que la tocaba algo mareada. Su olor, masculino, una mezcla de tierra y océano, la envolvió en una burbuja protectora. Por un segundo sólo deseó cerrar los ojos y perderse en el capullo protector de su cuerpo. Los gritos de las jóvenes a su lado la sacaron de su nube.

—¿Maddie estás bien? —le preguntó una de ellas.

—¿Qué pasó? —preguntó la otra.

—¿Están bien? —Preguntó Maddie con voz temblorosa.

—Sí —dijeron a dúo.

Maddie las miró y le pidió a Brad —¿Puedes bajarme?

—No.

—Bájame, por favor. —le dijo en un susurró sobre su oreja— Estoy bien, no me avergüences.

Bradford ni siquiera le contestó miró a las jóvenes y con su mejor voz les dijo:

— La señorita James está bien, algo temblorosa pero la llevaré a un centro asistencial para que la observen. Tranquilícense, ustedes también están bien, solo algo asustadas pero ya todo pasó. ¿entendieron?

—Por supuesto —dijo una.

—Claro que sí —contestó la otra.

Maddie la miró mientras Brad la alejaba de ellos.

—¡Bájame Windstone! —le dijo con una voz entre autoritaria, temerosa y suplicante.

Brad ni se dignó a considerarlo.





—No creo que siquiera puedas sostenerte en pie —le dijo Brad mientras la llevaba hacia su vehículo.

—Yo... —Maddie se calló, de qué valía hablar. Ya había abierto la puerta y la sentaba al lado del acompañante.

Cuando la sentó Brad respiró y se extendió hacia los cuatro puntos cardinales buscando peligro, sintió que nadie acechaba. Rodeó la camioneta. Subió y arrancó

Una vez que su camioneta arrancó, maniobró con ella hasta lograr despegarse del autito de Maddie. Luego tomó su celular y marcó. Esperó que le respondieran con el motor encendido y en el lugar

—¿Sí? —contestaron por el altavoz.

—Dalton, alguien averió los frenos del auto de Maddison James.

—¿Está bien?

Brad la miró, sus enormes ojos estaban fijos en su rostro.

—Sí, está bien.

—¿Cómo demonios dejaste que se movilizara en su auto?_ interrogó Dalton.

—Ella... se negó.

Un espacio de silencio siguió a su respuesta.

—¿Qué mierda dijiste...? ¿Se negó? —la voz de Dalton reflejaba sorpresa e incredulidad.

—Así es. Se negó.

—¿Cómo qué se negó? Mierda, es imposible, nadie se niega.

—Dalton, no tengo tiempo para esto. Te necesito en el estacionamiento de la universidad, ocúpate del auto de Maddison. Me la estoy llevando.

—¿Dónde vas? _preguntó Dalton

—A su casa, Troy ya debe haber terminado.

—Estoy en camino.





Brad cortó y miró a Maddie *mi pequeño ratoncito asustado, pensó.* — Todo está bien Maddie, Tranquilízate _le dijo preocupado por la palidez en su rostro. Las lágrimas que corrían por sus mejillas no ayudaron a su humor, ni tampoco ver como apretaba sus manos una contra la otra.

—Pude matarlas —dijo en un susurro—, pude matarlas...

—Pero no lo hiciste. Ellas están bien y tú estás bien. _En realidad Maddie era lo único que le preocupaba.

Las lágrimas comenzaron a correr por la cara de Maddie. Brad no supo qué hacer. No estaba muy acostumbrado a las lágrimas femeninas, supuso que ella necesitaba consuelo después de lo que había pasado, entonces buscó dónde detenerse. Miró por dónde iban transitando y dio una vuelta a la derecha saliendo de una de las avenidas principales. Sabía que por esa calle daría a una especie de callejón que sólo ocupaban algunos drogadictos y borrachos de noche, así que enfiló hacia él y se detuvo. Se dio vuelta y la atrajo a la llorosa Maddie hacia sí.





CAPÍTULO CUATRO

—Ven aquí, ratoncito.

Maddie estaba tan desolada que sólo lo miró, Brad se adelantó y se corrió del lado del conductor colocándose en el asiento del medio. Se ladeó y la izó a su regazo. Maddie se apretó contra su pecho mientras las manos de Brad comenzaron a acariciarla y consolarla.

—Shh, Maddie, todo está bien ratoncito, todo esta bien —Brad comenzó a poner delicados besos en su cabeza, tomó con sus grandes manos, las suyas entre las dos, y las beso, luego la soltó y las levantó hasta tomar su carita. Sus dedos limpiaron las lágrimas de su rostro.

Cuando Maddie lo miró, Brad bajó su cabeza y la besó.

Maddie solo atinó a abrir su boca ante el tibio y consolador contacto de los labios y de la lengua de Brad. Lo dejó entrar como un remolino sin freno. Su sabor se imprimió en ella y supo que se volvería adicta. Su olor la reconfortaba, alejándola del miedo, del espanto de casi haber quitado dos vidas. Y la colmaba. Brad parecía una roca a la cual era posible asirse. Esa calma desapareció cuando sintió que Brad dio rienda suelta a un hambre tan voraz que por un segundo sintió que sería incapaz de colmarlo. Los suaves gemidos de Brad hicieron desaparecer el miedo de Maddie.

Brad se sentía borracho, mareado, hambriento, muy hambriento, de su sabor, de su calor, de repente la boca de Maddie parecía ser el lugar más perfecto del mundo, su calor y sus dulces gemidos, lo llenaron de gozo. La deseaba, aquí, ahora, con una fuerza que jamás había sentido. Ni siquiera pareció importarle el lugar donde estaban, sólo su furiosa hambre por ella. Brad levantó una de sus manos hasta sus pechos, la frágil tela de su vestido no pareció ser barrera para





sus dedos. Sus senos no eran muy grandes sólo del tamaño perfecto, como si hubiesen sido hechos para él. Su pezón se había endurecido bajo su toque convirtiéndose en un pequeño y duro botón que empujaba con fuerza contra su palma. Parecía latir y llamarlo. Y Brad respondió a su llamada rápidamente. Desprendió los botones de su delantera y su mano se apoderó de su seno con la misma voracidad con que la besaba. El aire se volvió denso a su alrededor. Cuando sus dedos tomaron su pezón, el fuerte quejido de Maddie lo volvió loco. Soltó sus labios y bajó al tenso botón, enrojecido después de haberlo apretado, con su mano recogió su seno y irguió un poco más, adelantándolo hacia su hambrienta boca. Cuando el pezón llenó su boca, nada más existió, por un segundo sólo lo sintió chuparla, con fuerza, con ansias, con absoluta concentración, como si fuera la única cosa en el universo que tuviera sentido para él. Y Maddie comprendió que para ella era exactamente igual.

Maddie solo gemía y buscaba acercarse más, como si fuera posible, estaba completamente pegada a él. Los sonidos de succión se mezclaban con sus jadeos y gemidos. Maddie abrió sus ojos en su nube de placer. Verlo mamar ruidosamente le quitó el resto de cordura que le quedaba, si había tenido alguna desde el mismo momento en que la había sentado en su regazo.

Bradford bajó sus manos hacia el ruedo de su delgado vestido, y comenzó un lento acariciar hacia arriba por sus delgados muslos, subiendo más y más su vestido, rozando con su ásperos dedos su pierna. Un rápido recorrido y tan lerdo a la vez. Brad desesperaba por tenerla desnuda en sus brazos, sin nada que se interpusiera entre ellos y allí estaba maldiciendo su suerte.

La caricias, que sabía subían hacia dónde esperaba con desesperante ansia, los sonidos de succión de su boca y sus propios gemidos llevaron a Maddie a un estado de efervescencia que la cegó a todo lo





que no fuera este enorme hombre asumiendo el total y completo control de su cuerpo y sus sentidos

Cuando los dedos de Brad llegaron hasta sus bragas Maddie creyó percibir el sonido del delicado encaje siendo rasgado. Y no le importó. Necesitaba sentirla, necesitaba poseerla. Brad dejó su enrojecido pezón, miró su cara completamente absorta en su placer, manipuló su cuerpo, la izó y la sentó a horcajadas sobre él. Sentada en su regazo, con las piernas abiertas ante él.

Maddie solo fue consciente del calor de sus ojos, no de que ya no tenía bragas, ni tampoco de que la pechera de su vestido estaba completamente abierta bajo sus ojos. Sus senos se sentían pesados bajo su mirada. Brad la rodeó con sus manos, sujetando su vestido, levantándolo, pasando sus manos, grandes y fuertes por sus nalgas. Manos que se detuvieron allí, la agarraron y la atraieron decididamente sobre su polla aún apretada bajo su bragueta.

Brad se tomó un segundo para mirarla. Su vestido estaba desprendido, sus pezones se erguían descaradamente frente a él. Sus piernas desnudas estaban abiertas casi completamente, sus propios muslos, gruesos y fuertes la mantenían así. De repente bajó su vista hacia su coño. Mojado, rosado, tan... tan mojado... una de sus manos dejó la taza de su nalga y subió inconscientemente hacia él. Un dedo avanzó y recorrió sus labios vaginales con todo el tiempo del mundo, de adelante hacia atrás para luego volver y una vez más. Para luego detenerse un segundo e introducirse en ella mientras la palma de su mano esta vez ahuecaba el montículo de su sexo. Lo introdujo, hasta el fondo, y lo sacó, para luego volver a hacerlo, una y otra vez hasta que los gemidos de Maddie lo trajeron a la realidad. Sacó el dedo, mantuvo sus ojos en los suyos y lo llevó a su boca, delante de ella. Mientras Maddie lo miraba entre soñolienta y perdida, lo chupó. Chupó el húmedo rocío que su calor había provocado en ella.





Maddie jamás había visto a un hombre hacer esto, su corazón retomó sus latidos, y el ruido y el ritmo fueron ensordecedores. Solo lo miró, aguantando la respiración, solo consciente de su boca subiendo y bajando sobre su dedo hasta dejarlo limpio. Maddie dio un fuerte respingo que fue nada más que un recordatorio de que debía seguir respirando, Brad levantó su cabeza bajó su mano a sus costados y volvió a posarla sobre sus nalgas, Maddie se estremeció cuando sus dedos húmedos mojaron las mejillas de su culo.

—¡Libérame! —la voz de Brad era ronca, casi desconocida, oscura—, ¡libérame Maddie! —le ordenó.

Maddie lo miró y cuando comprendió lo que le pedía se dirigió al botón, lo desprendió y luego abrió el cierre de su bragueta y lo bajó —¡Sácala!

Maddie metió sus pequeños dedos y atrapó la enorme verga que pugnaba por liberarse, inmediatamente se irguió hasta casi su ombligo. Maddie miró la enorme cabeza rojiza, en su ojo una perla de líquido parecía llamarla. Maddie no se opuso, bajó su mano y un dedo delicadamente tomó la gota y la llevó a sus labios, su sabor la sorprendió. Tierra y océano. Jamás había sentido el sabor de un hombre. Mientras su boca chupaba levantó sus ojos hacia Brad.

Brad parecía incapaz de llevar aire a sus pulmones, así que la levantó, la izó tomándola del culo. Las rodillas de Maddie se apoyaron en el asiento, y cuando Brad se dio cuenta, la soltó, tomó su polla con su mano, y la dirigió hacia el centro de Maddie, colocándose en su entrada miró a Maddie y le dijo:

—Tómame —Su voz fue un viento oscuro, salvaje, indomable que arrastró a Maddie a un viaje sin retorno.

Maddie obedeció y bajó sobre él. Lentamente. Intentando ajustarse a su grosor. Ella lo atrapó en su cuerpo, lo recibió centímetro por centímetro. Brad miraba su rostro. Maddie había cerrado sus ojos y





su cara reflejaba absoluta concentración. Su cuerpo temblaba mientras la polla de Brad entraba lentamente hasta que se sintió completamente asentada. Brad estaba quieto, solo su respiración irregular parecía ser la única manifestación de vida. Maddie abrió los ojos y lo miró. Allí estaba enfocado en ella, sus oscuros ojos parecían insondables pozos y en ese instante todo su universo se centró en esa cálida oscuridad.

Brad respiró y la izó elevándola para dejarla caer iniciando una fricción que hizo a Maddie cerrar sus ojos ante la aturdidora oleada de placer que la recorrió de arriba abajo. Maddie solo pudo levantar sus manos, y posarla sobre sus hombros para iniciar la cabalgata más increíble de su vida.

Dentro de la camioneta los vidrios polarizados los mantenían aislados del mundo. Solo sus gemidos intensificándose a medida que el ritmo de Maddie crecía. En esa posición cada embate de Brad raspaba su clítoris, Maddie intentaba asir su mente a algo, aferrarse antes de dejarse llevar por esa increíble sensación que parecía nacer en su coño y extenderse como un huracán por todo su cuerpo. Pero el huracán, ganó, la arrasó, la arrastró hacia un lugar en el que jamás había estado. Maddie creyó por un segundo que moriría y ni siquiera lo lamentó. El intenso placer explotó en su cuerpo dejándola sin fuerzas, completamente perdida. Sólo pudo caer sobre el cuerpo de Brad mientras sentía que la tomaba de sus nalgas y la izaba sobre su asta una y otra y otra vez, para explotar dentro de ella en un orgasmo poderoso. Maddie sintió como en un sueño su semen derramándose con fuerza dentro suyo, chorro tras chorro, mientras su cabeza apoyada en su pecho recogía el galopante desborde de sus latidos.

Brad apenas podía respirar. Acaba de tener el orgasmo más fuerte que jamás hubiera tenido. De repente fue consciente de dónde





estaban y de Maddie aún sobre su pene intentando al igual que él conseguir algo de respiración. Dejó pasar los minutos, mientras ambos se reponían. Maddie era una muñeca desmadejada en sus brazos. Quieta. Inmóvil. Sólo la sentía respirar.

Levantó sus manos y la tomó de sus brazos intentando levantarla de su cuerpo, irguiéndola.

—Maddie, ratoncito, ¿estás bien?

Maddie pareció salir de un trance.

—¿Qué... qué me pasó? —Preguntó con una vocecita cristalina,

—¿Qué te pasó? Qué... nos pasó, dirás mejor. —Brad hablaba con dificultad, su cuerpo aún temblaba.

Cuando Maddie lo miró a los ojos. Se aliento volvió a cortarse. — ¡Tus... tus ojos!

—¿Qué tienen mis ojos? —Le preguntó sorprendido.

—Parecen... parecen quemar, brillan... brillan... como fuego. —Maddie lo miró e intentó alejarse de él, se movió hacia su lado de la ventanilla, pero Brad aún estaba dentro suyo y se lo impidió. La sujetó manteniéndola donde estaba. Brad bajó la vista.

—¡Suéltame Brad, por favor!

Cuando los ojos de Brad volvieron a enfocarse en ella, ya no tenían ese brillo, sólo su oscuro color natural, brillaban, pero de otra manera. Ahora Maddie no estaba muy segura de lo que había visto. Nunca había oído de algo así, pero tampoco jamás había sentido algo así. Tal solo había sido parte de la más extraña sensación que alguna vez hubiera sentido. ¿Qué fue eso? ¿Un orgasmo? ¡Dios, acaba de tener su primer orgasmo! Y había sido tan potente que hasta le había provocado alucinaciones. ¡Un orgasmo! Así que después de todo ya no era frígida. De ningún modo podría ser considerada, o llamada, frígida, mucho menos después de aceptar que por un instante indefinido, creyó que había muerto quemada en sus brazos.





Mientras su cabeza pensaba a mil, su pequeño forcejeó, solo había logrado que nuevamente Brad se pusiera duro. Maddie lo miró asustada.

—No... no puedes querer... —su balbuceo sólo provocó una sonrisa endemoniada en los ojos de Brad,

—Parece que sí... ratoncito. Parece que sí. —Brad colocó sus manos bajo sus nalgas, y volvió a subirla. Maddie inspiró con fuerza y acompañó su movimiento con sus pechos, que subieron y bajaron tan lentamente como la iba penetrando. La sonrisa de Brad se amplió. Dios, estaba listo para una segunda sesión cuando ni siquiera se había repuesto de la primera. Ver a Maddie intentando respirar, mordiendo su labio inferior ante el placer de sentir todo el largo de su polla lo elevó directamente al más alto nivel de lujuria en cuestión de segundos.

La miró y la vio mientras la bajaba sobre su pene. La cara de Maddie reflejaba su placer, sus ojos se enfocaron en los suyos para luego cerrarse y dejarse llevar por el ritmo de Bradford.

Toda la fortaleza de Brad se enfocó en sus brazos, Maddie estaba demasiada perdida en su placer para colaborar. No duraría mucho, no cuando el placer era tan intenso. Cuando Maddie gritó Brad perdió su cordura y se corrió.

Cuando recobró el sentido, Brad comprendió que ni siquiera sabía cuanto tiempo había pasado. Maddie parecía desmayada en sus brazos. La levantó para salir de ella y a medida que la levantaba sus jugos combinados dejaban caer delgados hilos entre sus muslos, Maddie estaba dormida así que la izó de su cuerpo con cuidado, la colocó a su lado y la miró.

El vestido de Maddie estaba arrugado en su cintura y su cuerpo se había aflojado hasta apoyarse en la puerta, su cabeza se acomodó sobre el respaldo del asiento y sus largas piernas desnudas, dejaban





ver su sexo, mojado con sus jugos y su semen. Su coño se veía adorablemente enrojecido, un hilo de nacarado semen se había instalado en el interior de sus muslos. Brad estiró la mano para bajar su falda pero se detuvo, una sonrisa traviesa cambio su cara. Era feliz, inexplicablemente feliz, y había olvidado cuando se había sentido así.

La miró dormir y con renuencia tomó el dobladillo de su falda y la bajó sobre sus piernas. Luego miró sus senos. Levantó los dedos y con bastante pesar abotonó su delantera pero no todos los botones, sólo los suficientes como para seguir apreciando la belleza de esos pálidos globos asomarse casi impúdicamente.

Se miró a sí mismo, jamás en su vida había hecho el amor en un auto, nunca. Demasiado espontáneo. No condecía con su carácter. Jamás había sido un adolescente despreocupado como para intentarlo en un auto. Y aquí estaba regresando su polla a sus confines mirando la cosa más bella que hubiera visto dormida a su lado. *Estaba en problemas.*

Claro que estaba en problemas, los golpes en la ventanilla del lado del conductor, lo sacaron de la nube de satisfacción sexual en la que se encontraba inmerso, por un segundo Brad no supo qué pasaba y por el sobresalto de Maddie, ella tampoco lo sabía.

Los golpes la hicieron reaccionar para encontrarse con una mujer policía mirandola a través del vidrio polarizado. ¡Y ella estaba casi desnuda y despatarrada en el amplio asiento de una camioneta!

Se irguió inmediatamente intentando poner algo de orden en su ropa mientras sentía el zumbido que indicaba que Brad estaba bajando el vidrio polarizado para hablar con la agente.

—¡Espera, maldito sea! —le dijo intentando abrochar su pechera. Cuando lo miró se encontró con los ojos de la mujer fijos en los suyos. Sabía de qué color estaba porque su cara ardía.





—Buenas tardes, oficial, hermoso día ¿no cree? —dijo el imbécil como si no pasara nada.

—Bastante bueno, señor, —dijo la mujer mirando de ella hacia Bradford—. ¿Conoce la pena por exhibición obscena en lugar público, supongo? ¿No está algo mayorcito, hay hoteles muy bueno cerca.

La sonrisa de Brad fue enceguecedora y su voz pareció enturbiarse.

—La verdad, señora, solo estábamos mirando un mapa ya que no conocemos el lugar. Nada más.

Maddie lo miró como si le hubieran salido cuernos en la frente, cómo podía decirle algo tan burdo, ahora los arrestarían.

—¿Y qué dirección busca señor? —dijo para sorpresa de Maddie la mujer.

—Avenida Avertton.

—Pues deberá volver a la carretera principal, tres calles más atrás, y estará en ella. ¿Qué número busca?

Maddie no salía de su asombro, al igual que Robert esta mujer respondía como si realmente creyese lo que Bradford le decía. ¿Qué era eso?

—1129 —Fue la rápida respuesta de Bradford.

—Aproximadamente unas diez cuadras más arriba. _dijo la mujer con la mejor de sus sonrisas.

—Gracias oficial, ha sido usted muy amable.

—Para servirlo —dijo la mujer, miró a ambos con su enorme sonrisa, la saludó y se dio vuelta dejándolos solos.

Maddie aún no podía cerrar su boca.





CAPÍTULO CINCO

El regreso fue silencioso. Maddie iba enfurecida. ¡Casi la habían detenido por exhibición obscena! ¡A ella! ¡Inconcebible! Y toda la culpa la tenía ese burdo armatoste a su lado. Y el imbécil sonreía como el idiota que era. Total, había sido a ella a quien la policía había encontrado semidesnuda. ¡Jamás se lo perdonaría! Al menos podría haberla cubierto. Ella se había dormido ¡cielo santo! Había tenido sexo salvaje en una camioneta. ¿*Sexo salvaje*? Bueno, de qué otra manera podría llamarse a algo que te dejaba completamente inconsciente. La culpa total y absoluta era del imbécil, algo tenía, algo que la volvía débil cuando la tocaba y ¿qué era eso? ¿Cómo lo hacía?

—¿Cómo lo haces? —preguntó Maddie con fuerza, por primera vez su tono no indicaba titubeo alguno.

—¿Qué cosa?

—Manejar así a la gente, primero Robert, las chicas que casi atropello, la policía. ¿Cómo lo haces?

—No lo sé. —Bradford le dirigió una mirada sincera—. No lo sé. Supongo que es algo genético. Sucede con todos los miembros de la familia desde hace generaciones.

— ¿No lo sabes?

—No. Y ahora...

—¿Y ahora qué...? —preguntó Maddie mirándolo.

Brad estuvo a punto de decírselo. En todas las generaciones de Windstone, jamás había oído de alguien inmune a su especial habilidad. Jamás nadie había desistido de una orden de un Windstone. Hasta ahora.

—Supongo que es sólo una habilidad.





—¿Cómo funciona lo de tu... cuerpo? —Preguntó Maddie algo avergonzada y una vez más su voz era débil e inseguro.

Brad la miró sin comprender— ¿Mi cuerpo?

Maddie enrojeció— Ya sabes... eso... _dijo casi en un susurro mientras lo señalaba con el dedo índice.

La atención de Bradford se concentró en Maddison. —¿Qué con mi cuerpo?

Absurdamente avergonzada Maddie deseo haber llegado a su casa, desesperadamente miró por dónde conducía Brad y tuvo la enorme fortuna de ver que estaban a solo un par de cuadras de su edificio, respiró fuerte, como juntando fuerzas para acabar con el tema que evidentemente la abochornaba.

—Nada. No tiene importancia. Llegamos, mira. —Maddie jamás se había sentido más feliz de llegar a su casa.

—Habaremos de esto Maddie. No acabará así ratoncito _le dijo mirándola de costado con una sonrisa casi felina en su rostro.

El corazón de Maddie saltó, conociéndolo sabía que no lo dejaría pasar y no se sentía con ánimos como para seguir con el tema. De ninguna manera ella reconocería ante él que sospechaba que había algo en su cuerpo que con sólo tocarla y ella se derretía. ¡Ni con torturas lo haría! Así que ya podía ir borrando esa sonrisa depredadora de su rostro porque de ella no saldría una sola palabra más sobre el tema.

Bradford maniobró para estacionar y en cuanto detuvo la camioneta, Maddison hizo el intento de bajarse. Brad la sostuvo con firmeza del brazo. —Ni se te ocurra bajar hasta que no te lo diga.

Brad se bajó y mientras rodeaba la camioneta expandió sus sentidos. Nada anormal. Y nadie en la playa de estacionamiento tampoco. Cuando llegó al otro lado Maddie ya estaba bajando. Mientras iba bajando iba mirando a sus costados, sin siquiera saber qué buscaba.





Pero algo pasó. Sus piernas no la sostuvieron y casi cayó. Brad la sostuvo contra su cuerpo.

Con una sonrisa socarrona le dijo:

—¿Demasiado sexo, ratoncito?

Maddie lo miró y la antigua furia y la vergüenza regresaron a ella.

—¡Suéltame... _en un acto de inconmensurable valor agregó bien fuerte esta vez_: ¡Imbécil! — pero mientras lo decía, Maddie podía sentir como el traidor de su cuerpo respondía al de Bradford. La ya conocida sensación de mareo y debilidad amenazó con vencerla y lo hubiera logrado si Brad no hubiera hecho lo que le pidió — Sólo es resultado de los nervios que... por “tu” culpa pasé_. Dijo en un tono igualmente vehemente. Jamás había insultado a nadie, jamás había casi matado a alguien. ¡Jamás había tenido un orgasmo! Demasiados cambios en su vida para tener tiempo a cuidar sus palabras.

Cuando la soltó Maddie afirmó su espalda contra la camioneta, juntó su orgullo y lo miró desafiante. La sonrisa de Brad la hizo sentir gelatina.

Brad interpretó su mirada como de profunda impaciencia. Sin dejar caer su sonrisa, se hizo un lado para dejarla pasar.

Cuando el energúmeno se movió, Maddie rogó poder tener fuerzas para sostenerse y comenzó a caminar. *Demasiado sexo. El imbécil tiene razón.* Su vagina latía de solo recordarse montada en esa increíble polla, larga, gruesa, y tan caliente... *Dios, ¿hacía... cuántos años... tres... o cuatro que no tenía sexo?* No era que lo hubiera extrañado, pero de algo si estaba segura, no había sido como éste. Todavía podía sentir a su cuerpo temblando y sus piernas ni siquiera la sostenían. Y el señor Pomposo tenía en su cara esa horrible sonrisa. ¿Qué pensaba? ¿Qué era el señor Irresistible?

Maddie llegó al escritorio de Robert y cuando éste la vio se adelantó con una sonrisa





—Señorita James. ¿Cómo está usted?

Maddie lo miro, giró para observar al imbécil que seguía sonriendo como el idiota que era, puso sus ojos en blanco, y se dirigió hacia el ascensor sin contestarle.

La cara de Robert quedó desconsolada, miró a Brad, que levantó sus manos hacia arriba, movió su cabeza de un lado a otro, y vocalizó sin sonido “¡mujeres!” La siguió hacia el ascensor, mientras miraba a su alrededor, no había percibido nada extraño así que se confió a sus instintos.

La sonrisa de Brad no abandonó su cara ni un instante y el enojo de Maddie tampoco. Cuando el ascensor paró en su piso, ni siquiera se movió ¿para qué? Lo dejó hacer su trabajo. Cuando buscó las llaves de su casa, Bradford se adelantó y tocó la puerta, tres golpes rápidos.

La puerta se abrió y apareció Troy Windstone. Los miró desde la puerta, primero a Maddie y luego a Bradford. La cara de enojo de Maddie lo sorprendió, no sabía qué la había molestado, pero la cara de su hermano reflejaba la más absoluta felicidad que le hubiera visto antes. Nunca lo había visto así, una sonrisa que iba de su boca a sus ojos. Brillaba. Troy se dio vuelta nuevamente sobre Maddie y comprendió lo que había pasado. Sus labios estaban hinchados, su cabello no se encontraba en orden su ropa parecía arrugada, ni siquiera traía los libros que se había llevado.

Maddison entendió su mirada y un furioso rojo cubrió su cara.

Troy se compadeció de ella y su rostro se dirigió nuevamente al de Brad. El muy sinvergüenza, simplemente amplió su sonrisa, y empujó con su mano la espalda de Maddie para que entrara.

Maddie lo hizo y sin decir una sola palabra se dirigió a su cuarto y cerró su puerta con un golpe.





El golpe fue ensordecedor, probablemente debió remecerla. El sonido en el silencioso departamento hizo que Troy saltara.

—¿Cómo era eso de las reglas de trato con las clientas? —le preguntó a Bradford.

La sonrisa de Brad no abandonó su cara.

—¿Qué le hiciste, además de follártela? _Insistió Troy.

La cara de Brad se puso seria. —Troy...

— Lo sé, lo sé, no es mi problema. Pero me sorprendes —Troy lo miró con absoluta seriedad—. Jamás te había visto comportarte así. Y ella... no puedo creer que no podamos sugestionarla. No he dejado de pensar en ello desde esta mañana. Y ahora apareces con ella, con ese aspecto de fui-follada-a fondo- cuando si hay una regla que jamás has roto en los últimos cinco años es la de involucrarte con una clienta. *¡Qué demonios!* Hoy todo parece entreverado. Y supongo que deberás lidiar con ello. El departamento está seguro —dijo acercándose hacia donde estaba su campera y tomándola—, Dalton me llamó, quiere que verifique algo que halló en su auto. Las especificaciones están sobre la mesa,—. Las señaló con un ademán y salió.

Bradford se acercó a la mesa, tomo las indicaciones, las leyó, y las volvió a dejar donde estaban. Se dio vuelta buscando algo que beber. Cuando vio el pequeño bar adosado a una pared del otro lado, se dirigió hacia él, se sirvió un trago y lo bebió de golpe.

Todo está entreverado. Era verdad, ni siquiera se reconocía, desde que la había visto había roto muchas reglas que él mismo había puesto. Había hecho de guardaespaldas, cuando jamás lo hacía, ese era el trabajo de Dalton. Se había quedado mirando toda la mañana a Maddie en clases, sabiendo que la estaba incomodando y sin siquiera sentir la más mínima culpa. Había disfrutado hacerlo. Era tan hermosa, su piel, su cabello, la larga sombra de sus pestañas. Parecía





tan pequeña y frágil y a la vez tan fuerte. Tal vez su padre no había sido el mejor padre del mundo y ella había terminado odiando a los controladores pero en realidad solo había templado su espíritu. Era fuerte e increíblemente apasionada. Aún resonaban en sus oídos sus gemidos y sus grititos mientras la follaba. Fuego, pasión. No podía recordar a una mujer responderle de la manera en que ella lo había hecho. Se había entregado absolutamente a su pasión, perdido en ella. Y había sido recíproco. Su olor, su sabor, lo habían vuelto loco. Sentirse apretado por su dulce coño lo había hecho volar, ni siquiera había sentido a la policía.

De repente cayó de la nube de satisfacción en la que se encontraba. Podrían haber sido atacados, *¡podría haber muerto!* Brad sintió un frío correr por su espalda. Haberse perdido en su cuerpo podría haber costado la vida de Maddison, y la suya propia. Si la policía no hubiera sido legítima, quizás ambos estarían muertos. La angustia de la posibilidad quebró su respiración. Su garganta se cerró. Se dio la media vuelta y se dirigió al cuarto de Maddie.

Maddison había cerrado la puerta con toda la rabia que sentía. Él maldito imbécil le estaba contando a su hermano como la estúpida mujercita había caído en sus brazos con solo tocarla. ¿Cómo podía haber hecho algo así? ¿Tener sexo en la calle? *Dios* jamás se lo perdonaría así como tampoco jamás olvidaría la cara de la policía. *Habrà pensado que soy una prostituta, por dios.* Debió parecérselo. Casi desnuda. Había estado firmemente plantada en esa enorme polla. *Dios ella pudo verla,* pudo ver como sus piernas tenían rastros de su semen. De repente como en un sueño imaginó al imbécil retirándose de su cuerpo, sin preocuparse si debía limpiarla o no. ¡Qué vergüenza! Su coño, había estado enrojecido, hinchado, rebosando de sus jugos combinados, que habían corrido como un río ante los ojos de cualquiera que estuviera allí parado mirando. Una





imagen de la cabina con vidrios polarizados no hizo nada por mejorar su ánimo. No importaba que el Señor Prepotente la hubiera convencido de que no había visto nada, ella *la* había visto. Y lo había *sentido*. Profundamente introducido en ella, y esa fue... una sensación que jamás olvidaría. No era frígida, no lo era. Por un segundo en sus brazos había pensado que moriría de sólo sentir su caliente verga empujando, intentando dilatarla para acomodar su tamaño en su canal. *Había sido glorioso. Había sido desafortunado. Inoportuno, una pésima decisión, ¿cómo había podido permitirle todas esas libertades sin siquiera oponerse.* Era esa cosa, esa que hacía que cada vez que la tocaba no la dejaba pensar. Esa cosa que la hacía sentir débil y deseosa y... completamente rendida a sus pies. Pero no volvería a pasar, No...

La puerta se abrió. Así que inmediatamente saltó de la cama y se preparó para defenderse.

Cuando Brad entró la vio saltar de la cama. Todo su cabello, se movió con la violencia de su saltó. Su respiración era agitada, sus pechos subiendo y bajando pusieron erecto a Brad en un segundo. La sangre se agolpó en su polla con la misma violencia con que Maddie lo miraba.

Maddie, estaba temblando, después de todo lo pasado sentir abrirse la puerta de su cuarto con toda violencia solo había servido para entrar en estado de pánico. Ese enorme hombre la mataría. Su corazón empezó a latir desordenadamente.

Brad se movió hacia ella, respirando agitado. Y mientras lo hacía sólo podía pensar en que podía haberla perdido. Su pantalón parecía a punto romperse, el bulto era tan grande que Maddie no pudo dejar de notarlo. Brad miró a Maddie con la vista fija en su entrepierna y simplemente bajó sus manos, desprendió sus pantalones, y bajó su bragueta.





Maddie solo pudo mirar esa enorme erección, oscura y venosa ser liberada de sus confines, y de repente sintió su boca seca y supo lo que debía hacer.

Maddie caminó dos pasos hacia él y se arrodilló frente su bragueta. Su polla se erguía en un tamaño imposible, llegando hasta su ombligo.

—¡Tómala! _le dijo en un tono mezcla de suplica, orden y ruego. Desde la primera vez que había visto esa foto había soñado con ella, tal cual estaba, arrodillada frente a él, con su polla entre las manos y a breves centímetros de su boca. Así que espero. Jamás había puesto tanta energía en una palabra como en su “Tómala” y por primera vez con Maddie, sintió que hacía efecto,

Maddie lo miró hacia arriba, estiró su mano hasta su pene y lo bajó desde su ombligo para ponerlo frente a su boca. Apenas lo tocó lo sintió corcovear con inusitada fuerza y se le soltó. Así que regresó nuevamente su mano y lo tomó, ayudándose con la otra. En cuanto ambas manos la sostuvieron, sintió que Brad gemía, y lo miró.

Brad había cerrado sus ojos y erguía su cabeza, completamente inmóvil. Como si esperara, como si estuviera esperándola.

Maddie bajó la vista a su polla y vio en su punta una gota de nacarado semen, así que aceptó su invitación y acercó su boca, la abrió, grande, muy grande, pues esa era la única forma que podría meter la cabeza del pene en ella, y lo sorbió. Su sabor oscuramente salado, la sobrecogió. Su firme chupada hizo a Brad gemir nuevamente y moverse hacia ella. Sus grandes manos la tomaron de su cabeza. Por un segundo Maddie pensó que Brad la retiraría pero no fue así.

Bradford sostuvo su cabeza entre sus manos, y comenzó a dirigirla. Un ritmo lento, muy lento.

—Chupa, ratoncito, chupa. —decía entre gemidos.





Y eso hizo.

Era imposible que toda esa carne entrara en su boca así que mantuvo sus dos manos, aferrándola, sosteniéndola firme, mientras su boca chupaba, con toda la fuerza que era capaz, lo que podía de ella.

Los gemidos fuertes y ásperos de Brad, la fuerza casi incontenida de sus manos sobre su cabeza, llevaron a Maddie a levantar sus ojos hacia su rostro. Brad la estaba mirando, sus ojos se veían... brillantes... *Si. Brillaban...* Pero sus ojos se cerraron, y lo único que Maddie pudo hacer, fue acoplarse al ritmo cada vez más fuerte de Brad. Por un segundo temió ahogarse, pensó que no podría alcanzar y seguir el ritmo impuesto, pero de pronto un violento chorro de semen salió de su miembro, y ella tragó, tragó y tragó, una y otra vez, hasta que nada más salió de él.

Mientras su corazón corría a una velocidad ensordecedora, Maddie vio los brillantes ojos de Brad abrirse mientras todo su cuerpo parecía convulsionar. Y ella se corrió, con fuerza, sus jugos inundaron su coño desnudo, fluyeron con tanta fuerza como Brad había eyaculado en su boca. Por un segundo su rostro reflejó su duda, ¿Dios es que se había orinado?

Su duda llegó al embotado cerebro de Brad, que se agachó hacia ella, abrazándola, buscando su rostro.

—¿Qué pasa ratoncito? ¿Te asusté?

Maddie, lo miró, se sentía avergonzada.

—No lo sé—. Miró hacia abajo, entre sus piernas.

Brad la miró, no sabía que le pasaba pero si que algo le preocupaba.

—¿Qué pasa, ratoncito, dímelo?

—¿Me... me hice pi?

Brad miró hacia abajo entre sus piernas, y vio deslizarse entre ellas los jugos de su corrida. Una lenta sonrisa se dibujó en su cara con la comprensión.





—No ratoncito, sólo has eyaculado _dijo Brad con la voz entrecortada, mezcla del violento orgasmo y el increíble reconocimiento de lo que en verdad había pasado.

La satisfacción de su cuerpo se unió a la satisfacción de su mente al comprender que ella había eyaculado solo dándole placer. Sabía que su boca sería su gloria.

—¿Eyaculado? Pero... eso hacen los hombres... nosotras...

—Ustedes también, ratoncito, no es común pero lo hacen. Eres increíble ¿lo sabes? Completamente increíble. Ven aquí.

Bradford se puso de pie, la alzó y se dirigió con ella al baño. La depósito en la alfombra sobre el suelo, y abrió la ducha de agua caliente. Y comenzó a desnudarla. Levantó su vestido y lo sacó por su cabeza. Ella estaba desnuda debajo de él, así que lo tiró hacia un costado y la miró.

Maddie se veía algo desorientada, aún no podía entender que le había pasado pero su cuerpo aún temblaba. Nunca había tenido ni dado sexo oral a nadie. *Dios, acababa de dar sexo oral*, ¡ella había hecho algo que jamás en sus más locas fantasías había pensado realizar. Si el sexo no le gustaba, el sexo oral sobrepasaba su más loca imaginación de algo horriblemente asqueroso. ¡Y él había eyaculado! ¡En su boca! Para que alguien jamás pensó siquiera en hacerlo, lo habría...

—¿Lo hice bien? —le preguntó a Brad, sin siquiera pensar en lo que le estaba preguntando. El tono de su voz reflejaba la misma languidez post coito que la había llevado a quedarse dormida en la camioneta.

Brad solo la levantó, la besó profundamente en la boca mientras la metía en la ducha.

—Si lo haces mejor, vas a matarme.

La sonrisa de Maddie, le dijo que había sido la respuesta perfecta.





—¿Crees que podrás sostenerte bajo la ducha unos segundos mientras me desvisto? —le preguntó sosteniéndola alejada del agua que ya había comenzado a llenar el baño con su vapor.

—¿Desvestirme? —de repente su voz ya no parecía tan adormilada.

—No creo que sea una buena idea meterme a la ducha con ropa. —dijo eso y se miró a sí mismo. Su polla semierguída sobresalía de entre su bragueta abierta.

Los ojos de Maddie se abrieron enormes. Jamás había visto a un hombre desnudo, al menos con ese magnífico cuerpo, y en su propia ducha. Antes de decir una sola palabra más, Brad se había quitado la camisa de traje que llevaba y bajado los pantalones. *No usa ropa interior*. Los ojos de Maddie se abrieron aún más grandes, mientras lo veía deshacerse de lo que tenía puesto y meterse a la ducha con ella, se le acercó y la abrazó.

—Ven aquí ratoncito habilidoso, vamos bañarte antes de que te duermas parada.

¿Dormirse? Ella no se dormiría, no si podía recrear su vista de esa manera. Estaba magníficamente construido. Y si una chica tiene ante sí, un espécimen altamente dotado, de hombros anchos, una cintura delgada, con un increíblemente grueso y largo pene, muslos con músculos altamente definidos, todo recubierto por un magnífico tono dorado y el negro cabello rozando sus hombros solo puede pensar en tomar el jabón y dedicarse a una tarea en la que se supone la mujer tiene un doctorado natural: lavar.

Eso hizo Maddie, comenzó a pasar el jabón en suaves círculos, primero fue su pecho, una lenta enjabonada que se extendió de ese abdomen completamente marcado a su espalda, sus amplios bíceps, y luego volver al frente, cuando comenzó a bajar sobre sus rodillas, el Señor Prepotente decidió detenerla. ¿Por qué haría algo así?





Brad la tenía muy clara, ésta era una inmejorable oportunidad de averiguar algunas cosas así que le quitó el jabón de las manos, y comenzó una lenta exploración de su cuerpo, cuando no quedó nada de él sin lavar, dirigió sus manos entre sus piernas, sus dedos, grandes y callosos se introdujeron entre sus labios vaginales, suavemente, lavando cada pliegue en ellos, para luego meter un dedo dentro de ella, su gemido le indicó que era una buena decisión, así que se arrodilló, puso su propia espalda bajo el agua que caía de la ducha y se enfocó con todos sus sentidos en lamer y morder. Alternativamente. Su clítoris, su boca y su lengua establecieron un ritmo y se atuvieron a él: una lenta recorrida por su raya, chupando, reuniendo sus jugos y recolectándolos para luego sorberlos, pellizcarla con sus labios y después subir hasta su hinchado clítoris, para detenerse allí, alternando chupadas y pequeños mordiscos que la tuvieron jadeando y corriéndose en cuestión de segundos. Un fuerte orgasmo que casi la derriba sobre la bañera. Solo sus fuertes brazos la detuvieron. Así que se puso de pie, cerró la ducha, tomó uno de los blancos toallones colgados, la rodeó con él y la sacó alzada. Luego se sentó con ella en el inodoro y la secó. Secó su pelo, apretando, escurriendo el agua, para tomar una toalla y refregar su cuero cabelludo con fuerza. Maddie no volvió a abrir la boca, parecía una muñeca dormida entre sus brazos. Cuando la tuvo completamente seca, se levantó con ella en brazos la llevó hacia la cama. Con una mano abrió las sábanas y la metió en ella. La tapó, arropándola como a una niña. Besó su frente y se dirigió nuevamente al baño.

Tenía que secarse, vestirse y hacer algunas averiguaciones.





CAPÍTULO SEIS

Cuando el leve golpe sonó en la puerta, Bradford abrió sin preguntar ni mirar quién era. Sabía que era su hermano Dalton.

Dalton no venía solo. Dos hombres lo acompañaban. Uno era alto, rubio, de elegante traje gris oscuro, camisa gris perla, corbata en furioso rosa y todo el aspecto, engañoso por cierto, de ser más un modelo que un guardaespaldas. El otro era un hombre muy grande, de barba, pelo largo y por su atuendo solo podría decirse que era a un motociclista. Su ropa no lo desmentía: vaqueros, tachas y cuero por todos lados, tatuajes de motociclista, y ese andar cansino de un motociclista. Dalton parecía una mezcla de los dos, de pantalones vaqueros, de esos muy caros, una remera blanca, probablemente de mangas cortas y una campera de cuero de motociclista, anteojos oscuros y una sonrisa en un rostro afable y juguetón. En la mano traía una mochila que parecía bastante pesada.

—Hola hermanito. Te traje refuerzos—. Los tres pasaron y se dirigieron directamente hacia el único lugar dónde había sillas: la mesa del comedor. Cada uno buscó una posición y se sentó.

Brad cerró la puerta y los acompañó.

Dalton abrió la mochila que había puesto sobre la mesa y entregó a su hermano una laptop —¿Es la que querías?

—Exacto—. Mientras Bradford la abría, miraba y volvía a guardar en la mochila en que Dalton la había traído observó como la mira de Dalton recorría el lugar.

—Estilo desnudo. Interesante decoración. Supongo que desde que entraron ya tres veces no tiene muchas ganas de redecorar.

—No lo sé. Pero eso va a cambiar. Necesito que te ocupes de cuidarla. He decidido algunas cosas que no puedo hacer desde aquí.

—Myles y Ruppert se quedarán con ella.





Bradford los conocía desde que iniciaron la empresa, eran los mejores y sabía que podía confiar en ellos.

Los miró y cabeceó.

—Ya no tiene auto, así que si se moviliza usen uno de la compañía.

—Mandaré por uno. Y con respecto a su auto... -dijo Dalton en un tono bastante expeditivo.

—¿Qué...? ¿Qué con su auto? _preguntó Brad.

Dalton dirigió una mirada apreciativa a los dos hombres y luego hizo un curioso gesto con sus cejas, las alzó como pensando qué decir o cómo decirlo.

—Las cosas vienen más pesadas, que un simple corte de frenos, Brad. Tuvo... No. Tuvieron mucha suerte, habían colocado un explosivo, que no explotó por milagro. Tenía el cronómetro defectuoso. Lo habían preparado para que el primer golpe explotara. Creo que cuando la chica...

—Maddison—. Dijo Brad, mientras su mente intentaba captar completamente la información de Dalton.

Dalton lo miró extrañado Brad parecía ausente y jamás parecía ausente, así que asintió y continuó.

—Como decía, cuando Maddison pasó por entre el cantero de flores, el cordón de separación debió golpear con la bomba y en vez de explotar congeló el cronómetro, ese les salvó la vida. Si te hubieras puesto delante suyo ante el primer choque ambos... —Un elocuente gesto de manos abriéndose en abanico en el aire, fue suficiente para que Bradford se estremeciera.

Eso decidió algunas cosas en su mente. De repente el Brad incierto dio paso al Brad que tomaba el control de todas las variables, su mente corría sorprendentemente en un plan de acción que lo incluía a él, a sus hermanos, al señor James y a su Maddie. Por un segundo





dejó de respirar. Sí. “Su Maddie”, ya no habían dudas en su mente. — Nada de auto. Ella no sale. Así que armen campamento.

Myles y Ruppert solo asintieron.

—¿Qué harás? —preguntó Dalton.

—Buscaré al responsable. No me quedaré esperando que la suerte acompañe a Maddie.

—¿Maddie, eh? —la sonrisa llenó la cara de Dalton—. Troy me contó algunas cositas... ¿así qué es una belleza?

Brad lo miró como siempre, esperando que algún día tuviera el suficiente sentido común como para decir el comentario adecuado. Y como esperararlo era inútil, se puso de pie con la portatil.

—Iré al laboratorio, necesito saber algunas cosas. Muchachos... no quiero a la señorita James fuera de este departamento. Tengo algunas teorías que debo confirmar así que probablemente regresaré mañana. Quedan a cargo. *Antes si puedo. Quiero dormir con Maddie,* Se puso de pie y salió del comedor. Detrás suyo Dalton lo siguió. Cuando llegó a la puerta se dio vuelta y le dijo:

—Pasaré a cambiarme y seguiré viaje al laboratorio. Cuida de ella Dalton.

—¿Y qué dice Troy de que es inmune? —le susurró Dalton mientras Brad pasaba por la puerta.

—Lo es. Y no sé por qué. Que no la dejen salir Dalton. Diga lo que diga. Tiende a salirse con el suya.

La sonrisa de Dalton se amplió. —¿Te recuerda a alguien, no?

Bradford sonrió.

—Por supuesto, a ti.

Cuando cerró la puerta detrás de Brad, Dalton se dirigió a su gente, en ese momento sonó su celular así que mientras iba caminando lo abría.

—Dalton, Cordelia —dijo la voz oscura.





—Hola mi amor imposible, ¿en qué puedo ayudarte?

—Más respeto mocoso, tengo una llamada de Parker tiene algunas respuestas sobre la bomba que te interesará conocer.

—Gracias Cordie. Voy saliendo.

Si alguien sabía dónde se podía hacer una bomba de esas características ese era Jim Parker.

Miró a su gente desde dónde estaba.

—Volveré en cuanto pueda. Ella no sale—. A veces olvidaba lo sutil del poder de su voz. En cuanto terminó la oración supo que sus hombres no dejarían salir a Maddie ni aún con un incendio. Así que se dio patadas mentales por ello—. Excepto un caso de suma urgencia. Sean criteriosos. ¿De acuerdo?

Myles afirmó.

Dalton se dio medio vuelta y salió del departamento.

* * * *

Cuando Maddie despertó estaba en su cama. Desnuda y no tenía ni idea de qué hora era. Miró a su alrededor, las ventanas estaban corridas así que no podía ver la luz del día. Por un momento intentó recordar cómo había llegado a la cama y lo único que vino a su mente fue Brad arrodillado ante ella, con su cabeza metida entre sus piernas y su lengua chupándola. De solo recordarla se sintió humedecer. Apretó sus piernas y protestó ante su obvia respuesta. Miró a su alrededor buscando alguna señal suya pero no había ninguna, evidentemente había dormido sola. *¡Maldito imbécil!* ¿Qué había en el cerebro de ese hombre, jamás hacía lo que tenía que hacer. Buscó energías de algún lado y sacó las mantas para levantarse. Cada músculo de su cuerpo protestó. Sentía su coño enternecido y altamente sensible. Juntando fuerzas se sentó con más que un





quejido, cuando logró mantenerse sentada en la cama, buscó algo con que taparse, no había nada cerca, así que se levantó, con otra serie de quejidos, y se dirigió al baño. Necesitaba una ducha para despertar y comenzar a ordenar su vida. Miró el reloj, las 8 de la mañana, había dormido varias horas seguidas.

Mientras el chorro de agua caliente caía sobre ella, Maddie sintió una tonelada de culpa cubrirla igual que el agua, y junto a ella otras cuantas de vergüenza. Había tenido sexo. ¡Sexo! Dos veces. ¡Dos veces! En una camioneta. Casi la habían arrestado por indecente, no solo eso, se había jurado que ese hombre no la volvería a tocar y solo tuvo que abrir la puerta para ordenarle, ¡ordenarle! una sesión de sexo oral... y ella... ella... Dios, ella había... ¿eyaculado? De repente el aire dejó de fluir a sus pulmones y cerebro, *no tenía protección*, ese bastardo, arrogante, prepotente y controlador la había tomado sin condones, ¡sin condones!! Y si estaba embarazada, embarazada de un completo desconocido... De repente las náuseas la cubrieron. Su estómago y lo que había en él, se doblaron y vomitó. La magnitud de lo que había pasado en los dos últimos dos días la golpeó como un tren de carga. Dejó que su estómago se vaciara, de todas maneras no había mucho en él, Apoyó la manos en la pared para sostenerse, puso su cabeza bajo el agua buscando algo de calma dentro suyo y dejó que los minutos corrieran.

Cuando se sintió mejor, cerró el agua. Había tomado algunas decisiones y eso incluía: nada de sexo con el Señor Inconsciente, nunca más. Y no solo sexo, no podía dejar que la tocara, cuando lo hacía ella perdía la cabeza, o debería decir las bragas; compraría esas cajas de detección de embarazo y las tendría a mano, y lo sacaría de su departamento. ¡Ahora! Sería lo primero. Si no estaba allí, no había posibilidad alguna de hacer esa cosa que hacía con su cuerpo. ¿Y si





estaba embarazada? Bueno, eso mejor ni pensarlo. De todos modos eso sería... no mejor no pensarlo.

Con las decisiones tomadas, se secó, se vistió y salió a la lucha.

Sólo que el cuadro que encontró no era lo esperado.

Alguien había puesto almohadas, las almohadas del cuarto que usaba su padre cuando solía quedarse, sobre unas mantas, en el suelo, frente al televisor de pantalla plana. Y sobre ellas un enorme motociclista, al que jamás había visto, reía a carcajadas con una serie de TV.

A su lado un modelo de portada, seguramente enrollaba las mangas de una camisa acompañando las risotadas del energúmeno vestido de cuero.

—¡Qué demonios pasa aquí? ¿Y quiénes son ustedes? ¿Y dónde está Windstone? ¿Y qué hacen en mi casa? —todo esto salió a borbotones de su boca y bastante fuerte, por cierto, Maddie mismo se sorprendió, vaya, muchas cosas estaban cambiando en ella.

El modelo de portada se puso de pie. Se adelantó hacia ella con la mano extendida y le dijo:

—Myles, señorita James, soy Vincent Myles, y él es mi compañero Will Ruppert, somos sus guardaespaldas.

Mientras ella extendía inconscientemente su mano, el modelo, se la estrechó, sin dejar de hablar.

—Brad Windstone la dejó a cargo de su hermano Dalton, nuestro jefe su seguridad, el señor Windstone, Dalton, vendrá en cualquier momento; y se nos dijo que no podía salir del departamento así que como estaríamos mucho tiempo, decidimos ponernos cómodos, por eso Ruppert investigó y buscó algunas almohadas, no tiene sillones así que las sacamos...

Maddie dejó de oírlo, *el maldito se había ido*, ¿la había derivado a su hermano? ¡Por qué le sorprendía! Todos los hombres son iguales, una





vez que tienen sexo, se borran, se van. *¡Se había ido! ¿Cómo que se había ido? ¿Cuándo? ¿Anoche? ¿Hoy temprano? ¿Ayer apenas la dejó?* Maddie sintió que le faltaba el aire, y de alguna manera su súbita palidez fue advertida por Myles y Ruppert que como un solo hombre se dirigieron a sostenerla.

Maddie no podía creerlo. Esos dos hombres la habían levantado en el aire y la habían colocado en una silla. Uno de ellos había ido hasta el barcito en el cuarto y le trajo un vaso, en su estado de estupor Maddie tomó un largo trago, que la hizo ahogarse y escupir, su cara tomó un furioso tono rojo, y uno de los hombres golpeó su espalda de manera que la llevó hacia delante. No cayó al suelo porque el otro hombre la sostuvo.

Después de toser tratando de recuperar al menos su dignidad, Maddie los alejó mirándolos, furiosa.

—¡Un momento! ¡Déjenme ya! —su voz se elevó en un grito. Los hombres la miraban consternados, parecían no poder explicarse que había pasado desde que ella había aparecido.

Pero Maddie también estaba consternada, jamás en su vida había gritado a nadie, y ahora lo había hecho, dos veces, *¡dos y a completos desconocidos!*

—Lo siento señorita James, disculpe, no quise golpearla solo...

Maddie lo detuvo con una mano.

—Espere. Y usted también —le dijo al otro hombre que hizo un amague de disculpa.

—Esperen. Esperen aquí.

Maddie se dio media vuelta, entró a su cuarto y se puso a llorar.

Los hombres la oían desde afuera y se miraban preocupados. Unos cuantos minutos después el llanto se convirtió en sollozos, y un buen rato más tarde, ya no sintieron nada.





Los hombres se quedaron sentados a la mesa del comedor. Esperaban verla aparecer. Cuando no lo hizo supusieron que se habría dormido

A la hora del almuerzo, hicieron suficiente ruido como para despertarla. Una hora. Dos horas. Tres horas más tarde ya no sabían que hacer.

—¿Crees que deberíamos llamar a Dalton? —Preguntó Myles

—No lo sé.

—¿Y si nos cercioramos que está bien? ¿Qué crees que la puso mal?

—Ni idea. No creo que porque le desacomodamos las almohadas haya hecho este escándalo ¿no te parece? — la voz de Ruppert transmitía todo su desconcierto.

—No. No lo creo. ¿Pero si no fue eso, qué fue?

—Cerciorémonos de que está bien, y luego hablamos con Dalton — Rupper se levantó y se dirigió hacia la puerta del dormitorio de Maddison. Se paró frente a ella, y golpeó, suavemente.

—¿Señorita James? —Nadie le contestó—. ¿Señorita James? ¿Está usted bien?

Esta vez golpeó un poco más fuerte. Elevando decididamente el tono de voz.

—¿Señorita Maddison?

Cuando nadie respondió abrió la puerta, Myles y él entraron para encontrar el cuarto vacío.

Ruppert avanzó hasta la puerta del baño, la golpeó suavemente llamándola, pero la puerta cedió suavemente, ella no estaba ahí.

Myles se dio vuelta, y empezó un recorrido de toda la casa. Al encontrarse de nuevo con Ruppert, hizo un gesto negativo con su cabeza. Metió la mano al bolsillo de su elegante pantalón de vestir y marcó el número de Dalton. *Estaban en problemas.*





CAPÍTULO SIETE

Brad se había instalado desde el día anterior para trabajar con Robert T. James. No lo había dejado dormir. Pero había conseguido una buena pista. Había encontrado el hilo después de un millón de preguntas y cuando James le había dicho que todos sus problemas habían comenzado aproximadamente después de que su empresa fue sometida a una auditoria para determinar su exacto valor. Su estudio había recibido una oferta formal de compra, y le había llamado la atención la oferta ofrecida. No que fuera demasiado bajo, en ese momento le había parecido bien. Pero había planteado la idea en su cabeza: necesitaba conocer el valor real, eso había determinado la auditoria y ahí comenzaron sus problemas. El estudio contable que había contratado para hacerlo se había incendiado. Por lo que los resultados nunca los había visto.

Para James esto había sido una infausta coincidencia, para Brad la posible punta de un ovillo. Había comenzado por ahí. Y sus instintos, una vez más no habían fallado.

Chemical Laboratory, una de las empresas de la competencia, tenía dentro de su plantilla de asociados a Peter Haskell, contador principal de Crawl y Asociados, estudio dedicado a Auditorias industriales. Durante los últimos cinco años, Haskell había ido ascendiendo dentro de Chemical, llegando a ser uno de los miembros de la Presidencia. Demasiada coincidencia. La empresa que valuó los laboratorios de James, tenía un miembro de la junta principal de accionista. Para Bradford las cosas eran muy claras. Chemical había recibido de primera mano un informe completo de los avances de las patentes de James, sus posibilidades de ingresos a futuro. No eran los competidores que no querían la nueva droga en venta. Querían la empresa, completa, y al no poder comprarla habían empezado a





hacer de la vida de James un infierno con el único objetivo de que se deshiciera de ella. La oferta inicial de compra, hecha años antes, era buena, justa y no era impensado considerar que de venderla como pretendían, Robert T. James acudiría a ellos.

Bradford había pasado las últimas horas absolutamente concentrado en seguir la trama en su portátil. Con todos los datos en la mano era tiempo de ver a Haskell. En cuanto lo tuviera enfrente él le diría toda la verdad. Una enorme y cansada sonrisa iluminó su cara. Estaba a punto de hacerle pagar al bastardo lo que podría haberle hecho a su mujer.

¿Su mujer? ¿Desde cuándo Maddie era “su mujer”? Quizás desde que descubrió que era “su maddie”. En realidad no le importaba la respuesta, lo era. Comenzó a guardar todos sus datos y se dio vuelta para ver a James conversar de una manera sospechosa en su celular. —¿Qué pasa? —le preguntó a James. El tono de su voz no dejaba dudas de cuál debía ser la respuesta: la verdad.

—Maddie. Me acaban de llamar, ellos tienen a Maddison. Si no les entrego la investigación de...

En ese momento el celular de Bradford interrumpió a James y lo atendió. Cuando el identificador de llamadas dijo Dalton, supo que lo que James acababa de decir era verdad.

—¿Qué mierda pasó con Maddie? _preguntó en un tono urgente e imperativo.

—No lo sé. No saben cómo salió...ni cuándo. Pero recién se acaban de dar cuenta. ¿Cómo lo sabes? ¿Está contigo?

—No. Pero acaban de llamar a James para avisarle que la tienen. Te necesito, llama a Troy. Dalton, si a ella le pasa algo...

Bradford colgó, miró a James. Había acabado su llamada y todavía tenía el teléfono abierto.





—Dígame exactamente que le dijeron. La orden en la voz de Brad ni siquiera fue disimulada.

James lo miró, cabeceó afirmativamente y le dijo:

—<<James, te lo dijimos de muchas maneras hijo de puta, pero no eres muy rápido para entender. Tenemos a tu hija así que deberemos reunirnos. Te estaré llamando en quince minutos, no se lo digas a nadie. Si lo haces ella muere, ¿está claro?>>

Quince minutos, eso le daba muy poco tiempo. Tomó el teléfono y marcó el de Troy.

—¿Troy?

—Ya estamos en camino.

—Cambio de dirección, quiero que vayas hasta Avenida Harmereck 2340, allí vive Peter Haskell, creo que el hijo de puta ese es parte de esto. En quince minutos llamarán, no creo que realmente quieran la patente, no es tan simple. Me parece que quieren todo el paquete, empresa y patentes actuales y futuras. Que Dalton me encuentre aquí. Tú mira qué sabe ese Haskell.

—La única manera de tenerlo todo, sería haciendo desaparecer a James y a su...

—Lo sé. Por eso necesito a Dalton, lo harán ir hasta ellos pero antes lo harán recorrer toda la ciudad asegurándose que nadie lo sigue. Mantenme informado.

—Te llamó —le dijo Troy y le cortó.

James a su lado había empalidecido considerablemente.

—¿Quieren mi empresa? Tienen a Maddie, dicen que van a ma...

El nudo en el estómago de Brad se apretó más. —No lo harán, nadie lastimará a Maddie. Esperaremos la llamada. Tengo un plan.

* * * * *





Maddie había llorado hasta agotarse de lágrimas. Se dio vueltas en la cama y miró el techo. El maldito la había dejado. Podría estar embazarada y aún así la había dejado. Pues pondría remedio a ello.

Así que se levantó, buscó su cartera, miró si tenía las llaves del auto. ¡*El auto!* Ya no tenía auto. Tendría que tomar un taxi, iría directamente a su oficina y le diría unas cuantas cosas, entre ellas que era ella la que lo dejaba que había tomado esa decisión, y que esperaba que si ya estaba embarazada se hiciera cargo.

Con esa resolución se paró frente a la puerta. No podría salir por la puerta de adelante, el modelo y el motociclista estaban allí, así que tenía que idear algún plan.

Miró su balcón y recordó la vez que se quedó encerrada como había saltado desde su balcón al de su vecina. Se había jurado no volver a hacerlo porque no era tan fácil pero era una medida desesperada.

Abrió con cuidado su balcón, colgó su cartera atravesando su cuerpo y pasó sus piernas por encima. Si se resbalaba podría caer, nueve pisos más abajo, pero ya lo había hecho y no había caído, ¿por qué lo haría ahora?

Con mucho cuidado se dejó caer colgando hasta que pudo apoyar la punta de sus pies en la baranda del piso de abajo. Solo debía agarrarse con fuerza de la moldura en la pared y con mucho cuidado asentar sus dos pies sobre la baranda del balcón de su vecina en el piso de abajo. La posición en que estaba no era cómoda, aferrada con una mano a la moldura a su derecha mientras su brazo izquierdo se extendía buscando equilibrio. Una vez que sus pies se posaran sobre la barandilla de abajo podría equilibrarse soltar la moldura y bajar, al menos la barandilla no era muy pequeña y agradecía sus años infantiles de gimnasta.

Para saltar de un balcón al otro, necesitaba mucha concentración, cuando pudo poner ambos pies sobre el borde del balcón de abajo lo





demás fue fácil. Suavemente se tiró hacia adentro, en un salto elegante. La ventana de Marcia estaba abierta, pero lo mismo la llamó, no quería matarla de un susto.

—¡Marcia! Soy yo, Maddison, me quedé encerrada de nuevo.

Marcia apareció secándose las manos, evidentemente la había encontrado lavando los restos del desayuno. Sorprendida, en cuanto la vio, su rostro se llenó de preocupación.

—¿No habíamos quedado que la próxima vez me llamarías por teléfono y no harías el numerito de saltar por el balcón? —le dijo en un tono sermonero.

—Lo siento, Marcia. Pero algo pasa a mi teléfono. No te preocupes estoy bien. No volverá a pasar. Haré varias copias y las dejaré adentro.

Marcia no salía de su asombro. Y así se lo hizo saber moviendo negativamente su cabeza muchas veces. Abrió la puerta del balcón y la dejó pasar. Una sola mirada a su cara le dijo que había estado llorando, seguramente se había asustado de sentirse encerrada. Viviendo sola podía imaginar perfectamente que nadie se diese cuenta de tu ausencia. La primera vez que Maddie se había dejado caer en su balcón. Habían tenido largas charlas sobre el tema. El hecho de vivir sola las había acercado bastante. Cuando vio la cara de preocupación de Maddison le sonrió.

—Vamos, amiga, pasa y tómate un café. ¿Desayunaste? No. Bueno aún quedan café y tostadas. Además no puede ser tan malo el quedarse encerrada, y menos que te haya hecho llorar.

Maddie odiaba mentir así que pasó decidida a tomarse un café y contarle a Marcia todo lo que le pasaba. Al desayuno llegó casi el mediodía y Maddie aún conversaba con Marcia.

Marcia la escuchó desde el principio. Mientras su cara pasaba por todos los tonos de la sorpresa.





—¿En su camioneta? ¿A pleno día? ¡Vaya! Imagino que debe ser todo un espectáculo si hiciste eso.

Las lágrimas de Maddie volvieron.

—El muy cerdo me dejó a cargo de su hermano y se fue.

—No entiendo. ¿Acaso no habías decidido que no tendrías nada que ver con él?

—Lo hice.

Marcia levantó sus manos y sus cejas como diciendo ¿Y...?

—¿Qué tal si estoy embarazada?

—¿Que tal si no le importa que estés embarazada? ¿Qué tal si para él solo fuiste un divertido revolcón y nada más? _la sensata voz de Marcia hizo lagrimear de nuevo a Maddie

—No... lo fue. No lo creo _le respondió intentando sonar convencida.

—¿No? ¿Cómo lo sabes?

Maddie no pudo responder. Marcia tenía razón ¿Qué estaba pensando hacer? ¿Rogar que la amara, tan solo porque se había enamorado de él?

La sorpresa en su cara hizo que Marcia levantara una vez más su cejas —¿Qué Maddie? ¿Qué pasa?

Maddie ni siquiera podía decirlo en voz alta. Era imposible, no podía amarlo. Era detestable, mandón, prepotente y tenía esa cosa de su cuerpo que no la dejaba pensar.

—No lo amo —dijo Maddie en un susurro.

—Ahhh, amor... Vaya ahora hablamos de otro nivel ¿no?

—No lo amo, Marcia, no lo amo.

—Chica, estas frita.

Maddie se levantó y se dirigió a su puerta. Al llegar a ella se volvió y le dijo

—Tengo que hablar con él.

—Ten cuidado amiga, y vuelve aquí si necesitas algo. Cualquier cosa.





Maddie salió del departamento, subió al ascensor y bajó. Robert el de vigilancia no estaba así que saludó con la mano. Y salió por la puerta principal.

* * * *

Al otro lado de la ciudad, el vigilante de un monitor, revisaba las cintas de las últimas horas. Buscaba saber por dónde, cuándo y cómo Maddison James se les había escapado. Troy había dispuesto dos monitores, uno captaba el ascensor desde el departamento de Maddison James, el otro captaba la recepción en la entrada del edificio. Tomó su teléfono y llamó a Troy.

—Troy, tengo la hora en que la chica James salió del edificio. Eso fue hace al menos dos horas.

—¿dos horas? ¿Cómo dos horas? Si los hombres de Dalton la perdieron al menos hace unas cinco horas. ¿Dónde mierda se metió todo este tiempo? ¡Bien! ¿Los chicos de Dalton dónde estaban en ese momento?

—En su departamento todavía. Lo extraño es que subió en el piso de abajo, no en el suyo.

—Llama a Dalton, pregúntale por dónde anda, cuéntale todo lo que me acabas de decir —dijo Troy agarrando su chaqueta y saliendo.

Había recibido la llamada de Brad. Y aún cuando le había costado encontrarlo al fin tenía la ubicación de Haskell. Brad fue muy claro, él se ocuparía de Haskell. Así que siguió sus instrucciones.

Peter Haskell vivía en un lujoso condominio. Y por lo visto estaba de fiesta, una buena fiesta si a esta hora del día continuaba. Troy golpeó y un serio empleado abrió. La música y la algarabía de la gente era bastante fuerte.

—Con Peter Haskell, por favor —le dijo amablemente al empleado.





—¿Es un amigo? —preguntó.

Evidentemente no era nativo. Irlandés seguramente. Troy lo miró y le respondió...

—Por supuesto, déjame pasar y le alegraré la noche. Soy su mejor amigo durante esta noche.

El empleado se hizo a un costado para dejarlo entrar, cerró la puerta y se dirigió hacia la que evidentemente era la sala principal de la casa. Se acercó a un hombre como de unos cincuentas años, anteojos, y algo de barba. Tenía el pelo castaño y ondulado. El empleado le murmuró algo al oído y éste se dio vuelta hacia Troy con una sonrisa mientras se ponía de pie.

—¡Tomás Gotter, viejo amigo! ¿No estabas en Miami?

Troy se adelantó se fundió con él con un abrazo, y lo palmeó con fuerza en la espalda.

—Vine a tu fiesta. Me habías invitado ¿recuerdas?

Troy como sus hermanos podían sugestionar con su voz pero también podían convencer a quien quisieran que estaban viendo lo que ellos querían ver. Haskell si tenía un amigo, así que enfrente suyo, no estaba el desconocido Troy Windstone, sino Tomás Gotter, su mejor amigo. El resto de la ilusión lo daba la voz de Troy.

—¿Hablamos a solas? Hace mucho que no nos vemos y tienes muchas cosas que contarme.

La sonrisa de Haskell se hizo inmensa.

—¡Claro que sí! Tengo muchísimo que contarte

Dalton había recibido el mensaje de Brad y se había concentrado en preparar el seguimiento. Lo primero fue reorganizar a sus hombres.





Myles y Ruppert ya estaban camino al helipuerto de Wind & Stone. Ellos acompañarían a Dalton en su vigilancia del padre de Maddison. Brad acompañaría a James mientras Dalton los seguía por aire. Solo necesitaba el celular de Brad encendido y Dalton podría triangularlo donde estuviera.

Cuando Myles y Ruppert llegaron la oficina de Dalton era un vivo pandemonio. Ambos avergonzados se acercaron a Dalton cuando éste los miró. Simplemente preguntó:

—¿Qué pasó?

Ninguno de los dos tenía la menor oportunidad de mentir ante su tono de voz, ni de exagerar o tergiversar la verdad. Así que simplemente dijeron lo que había pasado. Dalton los escuchó en silencio.

—¿Cómo logró salir? —les preguntó Dalton

—No lo sabemos. No fue por la puerta.

—Eso nos deja el balcón —dijo Dalton—. Así que la señorita James tendrá algunos secretos para contarnos en cuanto la rescatemos.

—¿Rescatemos...? ¿Qué quiere decir con rescatemos? —preguntó Myles blanco como un papel, no solo avergonzado de que una pequeña mujercita se les hubiera escapado de las manos, sino preocupado por lo que pasaría si alguien la lastimaba mientras estaba a cargo de la seguridad de Wind & Stone, algo así jamás había pasado.

—Llamaron a su padre, parece que la tienen.

En ese momento el celular de Dalton sonó. Sin mirar el identificador dijo

—Brad. Ya salimos ¿podrás esperar que tomemos posiciones?

—Ya nos dieron la primera cita, Hubber Street, lo estoy siguiendo en moto, así que lo esperaré allí, el tránsito puede hacerlo demorar unos diez minutos, pienso llegar en cinco.





Mientras conversaban se dirigieron hacia el ascensor que lo llevaba a la terraza donde estaba el helipuerto y su helicóptero ya listo. Dos empleados lo esperaban arriba, uno de ellos tenía unos enormes rifles con teleobjetivos, que fueron entregando a Dalton, Myles y Ruppert a medida que iban subiendo a la nave.

Una vez arriba el piloto le indicó que tenía una llamada.

—Espera Brad, Creo que es Troy. A Hubber Street, Mike. Primera parada —le indicó al piloto mientras recibía su teléfono,

—¿Troy, qué pasa?

—Tengo a mi amigo Haskell aquí presente. Según parece no es la patente lo que quieren sino todo. Tiene hombres vigilando a Maddison James, pero dice que no ha dado órdenes de capturarla. Estoy saliendo para hablar con ellos. ¿Qué sabes de Brad?

—Ya le indicaron la primer parada, lo sigue en moto. Estamos a un minuto del lugar.

—Bien Dalton, si consigo una puta moto puede que logre llegar antes que él.

—Mantenme informado hermanito.

—¿Acaso no lo hago siempre? —Fue la respuesta de Troy y cortó.

—¿Dal? —Una voz sonó desde el intercomunicador que Dalton tenía en la mano.

—Dime Brad.

—Ya estoy aquí, ¿dónde estás?

—Arriba. ¿Me ves?

—No —dijo Bradford mirando hacia arriba y vigilando el teléfono que estaba seguro sonaría en unos minutos.

—Excelente —contestó Dalton—. Así es como debe ser. Está llegando James a una cuadra del lugar de la cita.





James se bajó de su auto corriendo y se dirigió al teléfono público de la esquina, apenas llegó empezó a sonar y levantó el tubo. Escuchó unos segundos y volvió a subir a su auto.

—¿En su auto? —Comentó Brad a su hermano mientras arrancaba su moto—, muy raro.

—Sí. Aquí pasa algo que no sabemos. Le preguntaré a Troy por dónde va.

Troy no había conseguido una moto, así que usó su propio auto. A toda velocidad se dirigió hacia dónde supuestamente se encontraban los hombres de Haskell. El tránsito era infernal a esa hora, y Troy puteaba contra todo el que se pusiera adelante.

Veinte minutos más tarde, Troy descendía para acercarse sigilosamente a una casa de un tranquilo barrio. Sin pérdida de tiempo se dirigió hacia la puerta, la golpeó y simplemente dijo:

—Soy Haskell, abran.

Su voz hizo lo suyo. La puerta se abrió y lo dejó entrar.

—Hola muchachos, supongo que tienen algo para mí. ¿Dónde está la preciosa señorita James?

Los hombres se miraron sorprendidos.

—La vimos salir. Estará estudiando con alguna compañera, como siempre.

La cara de Troy reflejó el mismo desconcierto. Tomó el teléfono y llamó a Dalton.

—Dal, Haskell no tiene a Maddison, nunca la ha tenido,

—¿Qué? ¿Y entonces dónde mierda está? ¿Quién la tiene?

—No lo sé. Avisa a Bradford.

Miró a su alrededor y vio sobre la mesa donde supuestamente habían estado sentados, considerando los vasos y cigarrillos, un mapa y unos teléfonos celulares.





—A ver. ¿Quién me cuenta que está pasando acá? —les preguntó Troy mirando a los tres hombres que ni siquiera sabían quién en realidad les estaba hablando.

Bradford había realizado tres cambios de recorrido siguiendo a James cuando su teléfono sonó.

—Sí —dijo mientras intentaba no perder a James.

—Ni Haskell ni los suyos la tienen, Brad. Todo es una enorme broma de mal gusto.

—¿De qué hablas?

—Los hombres de Haskell se están aprovechando de James, lo están haciendo recorrer la ciudad pero no tienen a Maddison. La perdieron cuando salió de su departamento. Así que inmediatamente pusieron en marcha un plan que Haskell había planeado como una broma de pésimo gusto para convencer a James de que debía hacer lo que querían. Simplemente llamaron y se sentaron a llevarlo por todos lados, mientras dos más esperan en su edificio que ella reaparezca.

—¿Dónde esta ella? —preguntó Bradford tratando de asimilar lo que estaba pasando.

—No lo sé. Salió por sus medios del departamento pero no sé dónde pudo ir.

—Espera, Dalton llama —le informó Troy. Escuchó lo que le decía y colgó. Levantó de nuevo el teléfono que lo comunicaba con Brad.

—Brad, será mejor que te agarres. Cordelia llamó al helicóptero. Maddison te está esperando en tu oficina desde hace más de dos horas.

—¡En mi oficina!! ¿Qué demonios hace allí? Voy para allá. Dile a Dal que avise a James. ¡Voy a matarla!





CAPÍTULO OCHO

Maddison ya no quería estar allí. Su enojó había ido desvaneciendo con el tiempo transcurrido. Recordaba las palabras de Marcia, ¿y si era cierto? Y si Brad no se interesaba, ¿Qué hacía aquí? ¿Había ido a reclamar por un abandono cuando jamás hubo entre ellos más que un intenso sexo casual? ¿Estaba loca? Evidentemente los últimos acontecimientos la habían trastornado. ¿Cómo se le había ocurrido ir a reprocharle un abandono y posible embarazo? Ninguna de las dos cosas eran ciertas. *Imbécil, eres una imbécil.* Tenía que salir de allí, ahora mismo. Así que se levantó e intentó abrir la puerta de la oficina de Brad, donde esa amable secretaria la había traído. Pero la puerta no se abrió. Lo intentó y tampoco pudo. Así que comenzó a golpear, cuando nadie respondió, se alejó de la puerta y miró el teléfono. Lo levantó y apretó el intercomunicador. La ronca voz de Cordelia le respondió:

—¿Si...?

—Disculpe, soy Maddison James, me temo que me he quedado encerrada en la oficina del señor Windstone. ¿Sería tan gentil de abrirme?

Un silencio demasiado largo le respondió así que lo intentó de nuevo.

—¿Me oyó?

—Perfectamente señorita James, pero Bradford me ha pedido que no la deje salir hasta que llegue en unos minutos.

¿Pedido? Sí, seguro, como pide todo. —Señora Chase, verá... el señor Windstone tiene una manera algo rara de pedir las cosas, la gente tiende a hacerle caso. Pero usted no parece de esas personas que se dejan manejar... podría abrir para que... conversemos. Verá... tengo algo que decirle “personalmente”.





—Sólo unos minutos señorita James, solo unos minutos y el señor Windstone hablará con usted.

El sonido muerto le indicó que ya había cortado. *Maldito prepotente, imbécil, mandón, estúpido engreído, ¿Qué se cree? ¡hombre!* Maddison miró su escritorio y buscó algo que romper, demonios, no había demasiado allí, y no tiraría al suelo esa exquisita estatua de cristal de tres lobos juntos, pero si el portalápices lleno, así que lo agarró y lo estampó contra la pared. Cuando lo tiró miró la ventana. Sin balcón, *maldición, maldición, maldición* ¿Cómo se le ocurrió la estúpida idea de venir a verlo? ¿Y dónde andaba? Buscó fotos de alguna mujer y no encontró nada, así que se sentó en su sillón y comenzó a revisar sus cajones. En eso estaba cuando la puerta se abrió de golpe. Y se cerró con tanta fuerza que la puerta chirrió bajo su marco.

La sorprendió el aspecto de Brad, su traje, el mismo que ya le había visto el día anterior, estaba arrugado, se lo veía barbudo, y sus ojos parecían de nuevo ¿brillar? Ahora era de día, la iluminación era espléndida así que lo vio perfectamente, ¡sus ojos brillaban!

Inmediatamente Maddison saltó de su sillón.

—¡Tus ojos brillan!

Brad no podía creerlo, allí estaba, sana y salva, había puesto en marcha a toda su compañía, todo el mundo había salido en su búsqueda, Probablemente hasta Dalton la hubiera visto sentada si hubiera pasado por la sala de espera, y ahora ella estaba aquí, *en su oficina*, revisando sus cajones, preocupada por que sus ojos brillaban. Sintió que la furia lo consumía.

—¡Ven aquí! —rugió más que ordenó.

Ante su grito, Maddie retrocedió unos pasos.

—¡Tus ojos brillan! ¿Cómo puede...

—¡Ven aquí Maddie! —tronó Brad.





Maddie miró la puerta detrás de Brad, no podría alcanzarla. Tenía que tranquilizarlo, no sabía qué le pasaba pero ella no tenía la culpa.

—Brad, por favor —le dijo intentando sacar su voz desde sus entrañas—. ¿Qué te pasa? Estás... enojado, y tus ojos brillan de una manera tan...

—¿Enojado? No tienes ni idea ¿verdad? No sabes que todo el mundo anda buscándote, pensando que... ¡Ven aquí, ahora!! —La voz de Brad intentaba ser fríamente controlada a pesar de que la ira lo sobrepasaba. Estaba furioso, jamás se había sentido como en las últimas horas, siguiendo a su padre por las calles de Chicago, sin saber qué unos imbéciles estaban solo tomándole el pelo, y pidiendo a todos los dioses que estuviera bien, que pudiera encontrarla antes de que alguien le hiciera daño. Borró de su cabeza su imagen sin vida en algún lugar. Jamás había estado tan asustado, completamente fuera de control. Él, que nunca perdía el control, se encontró de repente, sin ideas, sin planes, sin saber qué hacer. Cuando escuchó a James que alguien tenía a Maddie, tuvo que hacer un esfuerzo para controlarse, quería romper todo, empezando por Dalton, cómo ponía a dos ineptos a cuidarla. Si Dalton hubiera estado cerca hubiera conocido por primera vez lo que eran los golpes.

—¿Buscándome? Si es eso, pues no tienes porque estar tan enojado, no me ha pasado nada y...

—Ven-aquí-Maddie —le repitió con voz pausada y enérgica. Brad intentaba serenarse, tomar aire y alejar a furia que había puesto su cuerpo tan tenso como una flecha a punto de dispararse.

Maddie solo dijo no con su cabeza. Y retrocedió. —No sé por qué estás enojado, y tus ojos brillan, y yo sólo vine porque... porque me dejaste y... puedo estar, ya sabes, embarazada y me dejaste con...

—¿¡Qué!? —la sorpresa en el tono de Brad se reflejó en su grito.





Maddie adquirió repentinamente valor así que avanzó hacia él, decidida, extendió su mano y lo apuntó con el dedo, y cuando lo golpeó con él le gritó...

—¡Eres cómo todos los hombres...

Ya no pudo decir nada más. Brad atrapó su mano, la atrajo hacia su cuerpo, la golpeó contra él, la tomó con sus dos manos, la dio vuelta y en un segundo sus manos estaban aflojando el cierre de sus vaqueros.

Maddie no comprendía nada sólo podía percibir la furia que dominaba a Brad, así que lo dejó hacer, él abrió el cierre de sus pantalones, y los bajó hasta sus pies.

Brad colocó un pie entre sus piernas, apretó el pantalón y la levantó sacándoselo, limpiamente. Maddie sólo emitió un gemido mientras intentaba sostenerse agarrándose de los brazos que la levantaban.

Antes de entender que estaba pasando, Maddie sintió más que vio, el ruido de una cremallera y Brad puso una mano sobre su espalda, reclinándola con fuerza hacia delante. Sólo pudo afirmar sus manos sobre el escritorio de Brad. Sabía lo que venía, su coño mojado ya lo sabía, y en vez de estar asustada, se sentía regocijada. El miedo había dejado su lugar a la lujuria, pura y llana. Sabía lo que pasaría y su cuerpo respondía como siempre que él la tocaba. Se sentía mareada y necesitada.

Sin ningún preliminar, Brad se introdujo en ella. Una fuerte estocada que la lanzó con fuerza sobre el escritorio. El dolor y el placer se unieron en un gemido y un grito

—¡¡Brad!!

Brad solo se perdió en ella, duros empujones, fuertes. Tomó sus caderas con sus manos y empujó dentro de ella, una y otra y otra vez, no veía nada más que el placer de sentirla, de saberla viva, de





estar dentro de ella. Sintió que sus gemidos se convirtieron en sollozos, y ni aún así paró.

Maddie se sintió explotar. Todo alrededor suyo se perdió, se evaporó, solo esa increíble onda de placer. El firme escritorio recibió la mitad de su cuerpo desmadejado, mientras Brad seguía empujándose dentro suyo con una fuerza aplastante. Maddie solo se dejó ir y la oscuridad la ganó.

Cuando Maddie cayó sobre el escritorio, Brad se sintió explotar, su semen se disparó dentro de ella, como jamás lo había hecho, chorro tras chorro mientras sentía como su coño lo apretaba, mientras el sonido mojado de su jugos combinados entraban dentro de la nube de pura lujuria en la que había estado inmerso desde el mismo instante en que se introdujo en ella. Cuando se dio cuenta estaba caído sobre una Maddie desmayada sobre su escritorio. Respiró intentando recuperar el control que había perdido completamente, intentó equilibrarse en el lugar pero las piernas le fallaron, se sentía tan débil que pensó que no podría erguirse. Volvió a inhalar buscando aire y control. Buscó fuerza, se apoyó en el escritorio y salió con cuidado de Maddie. Ella seguía sobre el escritorio.

Se irguió y miró hacia arriba, buscó algo de tranquilidad dentro suyo y bajó hasta tomar a Maddie en sus brazos. La alzó y se dirigió con ella hacia la puerta del ascensor que lo dejaba en su departamento en el piso de arriba de las oficinas. Maddie tenía los ojos cerrados, parecía dormida. Su cabeza apoyada en su hombro. Se veía tan llena de confianza, tan segura, que el remordimiento por lo que le había hecho comenzó. Cuando la puerta de su piso se abrió, caminó con ella en brazos, y la llevó a su cuarto.

Se dirigió hacia la cama y la acostó. Luego vio las marcas que habían dejado sus manos en sus caderas, profundos moretones, que seguramente mañana se verían horribles.





Brad la miró dormida, miró las marcas que le había dejado y se levantó. Se dirigió al baño, trajo una toalla mojada y la limpió. La tapó con una manta y salió del cuarto.

Su bragueta aún estaba abierta. Se miró a si mismo, ni siquiera intentó abrocharla, miró su bar y se dirigió hacia él, llenó una copa y tragó todo el contenido, luego se sirvió otro y con la copa en la mano se dirigió a su sillón. Allí cayó.

Tenía mucho en que pensar.

Acaba de perder el último atisbo de control que alguna vez hubiera tenido. Acaba de violar a Maddie. Acababa de lastimar a la mujer que amaba. Cuando despertara la esperarían muchos horrores, sus ojos, ser violada... su completo descontrol.





CAPÍTULO NUEVE

Cuando Maddie despertó no sabía dónde estaba. Miró el cuarto arropada bajo las mantas. De repente recordó lo sucedido. Brad había estado muy enojado con ella, muy, muy enojado. Había intentado castigarla con sexo y si era honesta consigo misma no lo había hecho. *Brad... y sus ojos brillando.* Sus ojos habían brillado y eso ameritaba alguna explicación. Tendría que dársela, ya no podría hacer como si no hubiera pasado, lo había visto, claramente a plena luz del día. Tenía que hablar con él.

Cuando intentó levantarse, no fue fácil. Le dolía el cuerpo. Cuando se miró se encontró completamente vestida de la cintura para arriba, solo eso. Una remera de mangas cortas y nada más. Se puso de pie y miró buscando sus pantalones. No estaban allí. Tal vez fuera del cuarto.

Así que buscó la puerta y salió del cuarto, descalza. Su largo cabello, parecía un remolino en tonos marrones y dorados. Levantó sus manos y lo recogió detrás de su cabeza y luego lo soltó. Se sintió rara caminando así, semidesnuda. Tenía que hablar con Brad.

El primer cuarto que encontró era un pequeño pasillo al que daban cuatro puertas, la del cuarto de donde acababa de salir, y dos puertas más cerradas. El pequeño pasillo, tenía unas espléndidas fotos del desierto montadas en marcos dorados, destacando con el tono marrón oscuro dado a las paredes. Frente a ella se encontraba la única puerta abierta así que se asomó cuidadosamente a ella.

La puerta daba a una sala, grande y espaciosa, enormes sillones frente a una chimenea apagada más allá en una elevación del piso, se veía una mesa elegante con diez sillas. Evidentemente el espacio era bastante amplio, pues todos los muebles eran grandes, sólidos y de madera.





Sobre uno de los sillones estaba Brad, los ojos cerrados, la cabeza apoyada sobre el respaldo. Se veía absolutamente desolado. Entonces Maddie avanzó hasta ubicarse frente a él. Presintiendo su presencia Brad abrió los ojos y la miró. Maddie le sonrió y avanzó sobre él, abrió sus piernas y se sentó sobre él. Su sexo, desnudo y ya mojado se ubicó sobre su polla.

—Maddie, dios... lo siento. En verdad lo siento...

Maddie solo lo miró. Apoyó sus manos sobre sus antebrazos, y sus rodillas en el sillón a los costados de las piernas de Brad. Brad no se veía bien. Así que hizo lo que el instinto le dictó. Bajó una de sus manos, tomó la polla de Brad y la acarició a todo lo largo. Como si tuviera mente propia su polla se irguió respondiendo a su contacto mientras sus ojos estaban fijos en ella. Maddie se irguió sosteniéndose sobre sus rodillas y se elevó lo suficiente como para introducir su polla en su centro. Y sin apartar sus ojos de los suyos, se bajó, lentamente, mientras intentaba conseguir el aire que sus pulmones parecía haber perdido. Cuando estuvo firmemente asentada hasta su empuñadora. Le dijo...

—Te amo, Bradford Windstone.

Bradford solo podía mirarla, hasta que su cerebro comprendió lo que ella acababa de decirle. Acababa de pasar la peor hora de su vida, pensando que la había perdido, que cuando despertara se iría tan rápido que ni siquiera tendría tiempo de explicarle o pedirle perdón. Y ahora ella estaba allí, mirándolo con esos ojos miel llenos de ¿amor? *Te amo, Bradford Windstone.*

—Repítelo. Por favor, repítemelo Maddie —le dijo Brad poniendo sus grandes manos en sus caderas para ayudarla a moverse.

—Te amo, Bradford Windstone —dijo Maddie comenzando a moverse, lentamente sobre él. Arriba y abajo, arriba y abajo. Mientras su boca se acercaba a besarlo. Maddie ladeó su cabeza al poner su boca sobre





la suya, sus labios buscaron los suyos hambrientos, sus lenguas se unieron en la misma danza de sus cuerpos. Maddie tomó su lengua y la chupó de la misma manera en que su coño lo chupaba. Sintió la respiración de Brad agitarse, sus manos apretarla y gimió. Su gemido cambió las manos de Brad, ahora se posaron en sus nalgas, y allí se quedaron abiertas, sosteniéndolas, llevándola a un ritmo más y más rápido, mientras su boca lo repetía con el mismo apetito.

Unos minutos después, Maddie sintió barrer su cuerpo con una ola de placer que la hizo dejar su boca para gritar:

—¡Sí! ¡Sí! Sus gritos se convirtieron en sollozos, mientras repetía una y otra vez, si, si, si... Cuando su cuerpo explotó, apoyó su cabeza en su pecho y dejó que el viento la llevara.

Bradford solo la movió con más fuerza y su orgasmo hizo eclosionó detrás de ella.

Cuando la cabeza de Maddie tocó su pecho, Brad solo quería conseguir algo de aire para respirar. Inspiró profundamente, inhalando el vital elemento, mientras sentía correr el corazón de Maddie al mismo enloquecido ritmo que el suyo. La dejó sobre su pene y sus brazos la rodearon, esperando aquietar sus respiraciones. Cuando pudo regresar a sí mismo, Brad, levantó la cabeza de Maddie de su pecho con sus dos manos, ella tenía los ojos cerrados, y una honda sonrisa en sus labios.

—¿Estas despierta? —le preguntó Brad.

Maddie solo movió su cabeza negativamente.

—Sólo muerta y en el cielo —agregó con voz somnolienta. Luego de unos segundos abrió sus ojos, y lo miró. Los ojos de Brad aún brillaban. —Y tus ojos brillan. Brillan cuando estás enojado y cuando haces el amor. Oh dios, ¿qué cosa eres? —le preguntó sin esperar respuesta, solo se movió para acomodar otra vez su cabeza en su pecho. Sus brazos subieron a su cuello y lo abrazaron.





—Maddie... tenemos que hablar —cuando ella no contestó. Brad la miró y supo que otra vez se había dormido. Por unos largos segundos la contempló. Allí, sobre su cuerpo, su carita de duende le daba todo el aspecto de una niña inocente. Pero no había nada inocente en la manera en su coño aún lo aferraba. Las manos de Brad, tomaron el ruedo de su remera y comenzó a subirla, al llegar a sus axilas, levantó sus brazos y se la sacó, la dejó descuidadamente a un lado del sofá. Maddie ni siquiera se movió. Brad acarició con sus manos sus senos. *¡Que hermosos!* Quería amantarse pero Maddie parecía dormir. Los masajeó suavemente y tampoco se movió, ni cuando la izó para sacarla de su pene, aún semi rígido. Había puesto sus grandes manos bajo sus axilas y la levantó un poco más, lo suficiente como para poder levantarse con ella en brazos.

Una vez más la llevó a su cama.

La acostó. Y la tapó.

Luego se dirigió al baño, necesitaba bañarse, afeitarse, hablar con sus hermanos, y decirle a su ratoncito que también la amaba.

* * * *

Cuando Maddie despertó, estaba tapada hasta la cabeza. Así que movió las mantas y miró donde estaba. La misma habitación. Una cama evidentemente extra grande, con un hermoso respaldar de madera, altos ventanales, semi velados por gruesas cortinas en color crema, que contrastaban con las paredes marrones. Y el perfume de Brad, *Su cama*. Ante la certeza una perezosa sonrisa apareció en su cara, pero pronto desapareció, estaba en su cama *sola*. *Te amo, Bradford Windsonite*. Se lo había dicho. Dos veces pero Brad no le





había contestado. *Oh Dios*, las dudas hicieron correr la adrenalina fuertemente por su cuerpo. Así que se dio vuelta e intentó salir de su cama. La zona entre sus piernas le dolía, se sentía hinchada y pegajosa. Quitó las mantas y sin mirarse se irguió, Una de esas puertas debía llevar un baño. Necesitaba bañarse. Su segundo intento la introdujo a un baño casi tan grande como el cuarto. Un jacuzzi ofensivamente enorme ocupaba uno de los extremos del cuarto. Increíblemente estaba lleno de plantas altas y verdes, sin duda amaban ese lugar, no crecerían tan ampulosamente si no lo hicieran. El baño con ellas parecía un jardín, y el jacuzzi de un tono celeste parecía una pileta esperando por ella.

Caminó hasta abrir el agua y luego miró buscando algunas sales. La primera que abrió olía a Brad. Así que esa eligió. La echó en el agua y levantó su cabeza, del otro lado se veía un espejo de cuerpo entero que ocupaba una buena parte del sector. Sus cabellera era un nido, salvaje y desordenado, se dio nuevamente vuelta hacia la repisa de vidrio que contenía un montón de botellas buscando enjuague, desde ese lugar alcanzó a reconocer una marca. Brad tenía el cabello largo, era lógico que allí hubiera enjuague. Se volvió a mirar al espejo, tenía los labios hinchados y el gusto de Brad aún en su boca, su coño se sentía hinchado y pegajoso; sus caderas tenían moretones, *la sesión del escritorio*, una lenta y perezosa sonrisa apareció en su labios, *Oh, si la sesión del escritorio*. Brad había logrado hacerla sentir salvaje y completamente desenfrenada, *¿alguna vez había pensado que era frígida?* Su sonrisa se amplió aún más. Bueno esas marcas representaban uno de los momentos más memorables de su vida, sus medallas de pasión, medallas, que además, jamás pensó que tendría. Brad no había sido muy cuidadoso y su piel se marcaba fácilmente. Luego de terminado el balance se dio vuelta y se metió al jacuzzi, se recostó cuidadosamente sintiendo como el agua caliente y perfumada





calmaba su dolorido cuerpo. Cerró los ojos y pensó en Brad. Definitivamente tenía mucho que decirle.





CAPÍTULO DIEZ

Cuando Maddie salió de su baño cuarenta y cinco minutos después su ropa estaba sobre la cama. Se vistió tal como había llegado, ¿ayer? Unos vaqueros, una camiseta de algodón de mangas cortas y una chaqueta de corderoy en tonos celestes y azules. Su cabello aún se veía húmedo pero estaba suelto.

Cuando salió sintió ruidos en otro cuarto, cuando caminó hacia él, se dio cuenta que era una cocina, no muy grande pero indudablemente completa, en el centro junto a una isla se encontró con una mujer que la saludó con una sonrisa. Estaba arreglando un desayuno sobre la mesa. *Cordelia Chase*, la secretaria de Brad.

—Buenos días, señorita James, ¿logró descansar? —le preguntó cálidamente a pesar de su voz de fumadora. Y pareció no darse cuenta de los súbitos colores que afloraron en Maddie.

—Maddie, llámeme Maddie, y sí, gracias —la cara de Maddie seguía roja.

La mujer la miró y le dijo

—Bien, Maddie, ¿nos tomamos un café? —le dijo con una sonrisa, mientras se daba vueltas para tomar la cafetera eléctrica enchufada detrás suyo y luego comenzó a servir las dos tazas que ya estaban sobre la mesa. Maddie se sentó y ante el olor del café se dio cuenta que estaba hambrienta. *Demasiado sexo y nada de comida*. Si sus colores no se habían ido seguro regresaron ante este pensamiento.

—¿Dónde está Brad? —le preguntó buscando también cambiar de tema en su cabeza.

—Con su padre y sus hermanos en una reunión abajo. Poniéndose al día con los últimos acontecimientos. Tienen mucho de hablar. Brad me pidió que la despertara. Golpeé pero estaba en el baño.

—¿Usted dejó mi ropa?





Cordelia asintió mientras le ponía azúcar a su café. Cuando Maddie tomó el primer sorbo, su cara se distendió en una sonrisa que encontró los ojos de Cordelia.

—Días duros ¿verdad? —le preguntó Cordelia.

Maddie la miró buscando la respuesta.

—Vertiginosos, pero interesantes. ¿Dígame, cuánto hace que conoce a Bradford?

—Tutéame, Maddie. Todos aquí lo hacen. Lo conocí cuando él tenía solo 19 años y estaba ingresando al FBI. Mi esposo lo entrenó. Sus padres habían muerto y nosotros no teníamos hijos, así que los hermanos Windstone llegaron como un regalo del cielo. No los amaría más si los hubiera parido. Cuando mi esposo falleció salvando la vida de Troy, Brad me trajo como secretaria, jamás había trabajado fuera de casa, sólo Brad creía que podría hacerlo. Y sin siquiera planteármelo sigo aquí, pero por poco, estoy buscando una secretaria.

Maddie la miró y le sonrió cálidamente. Por supuesto que podría, seguro que Brad hizo eso con su voz y la convenció de ello en un segundo.

—Los he cuidado desde entonces, y... jamás había visto a Brad como lo vi ayer.

—¿Ayer? —le preguntó Maddie ladeando su cabeza buscando entender la importancia de su comentario.

—Sí. Ayer. Dime Maddie, ¿sabes qué pasó ayer?

Maddie movió su cabeza negativamente. —Supongo que algo que me involucra, Brad estaba algo... molesto.

La risa de Cordelia fue fuerte y sincera.

—Algo... Sí... —su risa cortó su frase—. Yo diría que estaba enfurecido, completamente. ¿Y sabes algo? Jamás lo he visto así.

—¿Qué pasó? —preguntó ya intrigada.





—Al parecer los que te seguían convencieron a tu padre que estabas en su poder. Y...

—¿Secuestrada? —le preguntó Maddie, sin creerlo. *¿Pero por qué estaba enojado?* — ¿Pero por qué estaba enojado?

—¿No lo entiendes, verdad? Esos hombros habían intentado matarte cuántas veces... tres, cuatro...? ¿Qué crees que pensó Brad cuando llamaron avisando que te tenían?

Maddie pensó unos segundos y de repente lo comprendió todo. Su fuga había ocasionado un gran, gran lío. Brad debió pensar que la habían matado... y su padre también. Dejó la taza de café y le dijo a Cordelia...

—Tengo que hablar con mi padre. Y pedirle disculpas a Brad. No pensé que esos hombres podrían llamarlo... soy lo único que tiene.

—Déjame que levante estas tazas y bajamos.

* * * *

La reunión con los Windstone había sido muy clarificadora. Habían logrado atar todos los cabos, cómo, cuándo y por qué había comenzado esta pesadilla y detener a quiénes habían intentado matar a Maddison. Ahora solo les quedaba esperar los pocos días que restaban para poner en conocimiento de todos la nueva droga. Robert T. James no podía estar más satisfecho.

Cuando se abrió la puerta y apareció su hija, se puso de pie y la miró. Maddison se lanzó en sus brazos. La apretó con fuerza. Atravesar corriendo de una punta a otra la ciudad pensando que era un esfuerzo en vano y que jamás la volvería a ver le había hecho comprender el tiempo desperdiciado dedicado solo al trabajo. Su hija, su querida presencia, no valía una patente, nada lo valía. La abrazó con fuerza y le susurró en su oreja: *te amo hijita*.





Maddie empezó a llorar.

—Lo siento papá, no pensé que esos hombres te dirían eso. Yo... —se separó de él y miró a Brad y luego a sus hermanos. Troy estaba allí, y considerando el parecido, el tercer hombre debía ser el tal Dalton, era increíble su semejanza—. Lo siento, no debí...

En ese momento apareció Cordelia.

—Señor James, llamaron del FBI recordando su cita en media hora.

James soltó a su hija. Y miró a los hermanos Windstone,

—Les prometí una declaración en cuanto pudiera —les dijo.

Troy y Dalton se levantaron al unísono.

—Lo acompañaremos.

James besó a su hija, extendió la mano a Bradford y salió acompañado por Troy y Dalton.

Dalton se detuvo, en su cara había una enorme sonrisa. Se acercó a Maddison y la besó, en la boca, un beso para nada casto y dulce.

—Tenía muchas ganas de conocerte —le dijo soltándola. —Dime, ¿de dónde vienes?

Maddie lo miró sorprendida. Su padre, Brad y Troy la miraban, ella jamás diría de la cama de Brad así que se soltó con un tirón y le dijo...

—No creo que sea de tu incumbencia.

La sonrisa de Dalton se hizo más amplia —Increíble —dijo—, increíble—. Miró a Brad y a Troy moviendo su cabeza de un lado a otro.

—Dal... —la voz de Brad la distrajo un momento. Los Windstone eran hombres muy raros. No había duda de ello.

—Sí, ya sé, ¿nos vamos señor James? —le dijo a su padre y encabezó la salida.





Brad quedó allí, sentado. Mirándola. Maddie se quedó parada, aferrada con sus dos manos al respaldo de la silla en la que antes había estado sentado su padre.

Un largo silencio se instaló entre ellos.

—Brad... —comenzó a decir Maddie—. Él me be...

—Te amo Maddison James.

La cara de Maddie se congeló por largos segundos, luego se transformó. Su sonrisa iluminó sus ojos.

—Siéntate, ratoncito. Hay algunas cosas que debes saber —la expresión adusta de Brad contrastaba notablemente con la felicidad de Maddie.

Así que Maddie se sentó, justo frente a él.

—Ninguno de nosotros sabe por qué, pero debe ser algo genético. Desde hace más de 7 generaciones solo nacen varones entre los Windstone. Así que si esperas un bebé, mi bebé, acostúmbrate a la idea de que será varón.

Maddie intentó hablar, pero Brad la detuvo con un gesto de su mano y continuó hablando

—Y este varón, y todos lo que vengan, vienen con ciertas habilidades que no sabemos cómo se originaron. Somos... capaces de sugestionar a quien nos escuche, y hacerle pensar exactamente lo que queramos. Eso implica ser capaces de hacernos invisibles, solo con mirar a quiénes nos ven y convencerlos de que allí no hay nada o cualquier cosa. En la universidad todos los que me vieron solo veían una planta, Maddie, nada más. Todos, menos tú. También podemos sentir el peligro, nuestra madre decía que somos hijos del viento por eso entendemos su lenguaje. No lo sé. Es sólo una especie de radar que nos advierte cuando algo va a pasar. A veces a tiempo y otras no. Como dejarte subir a tu auto sin frenos y con una bomba.





Maddie volvió a intentar hablar pero esta vez Brad levantó su mano extendiéndole le dedo índice.

—Espera. Estas habilidades se desarrollan entre los doce o trece años, y jamás había encontrado a nadie a quien mis hermanos y yo no pudiéramos controlar. Excepto a ti.

Maddie lo miró más extrañada.

—Ninguno de nosotros ha podido lograr nada de ti. Porque si lo hubiéramos logrado, jamás habría salido de tu departamento y puesto en peligro como lo hiciste tan estúpidamente.

Maddie se irguió a punto de replicarle agudamente cuando los ojos de Brad comenzaron a brillar.

—Tus ojos...

—Sí. Mis ojos brillan, tampoco sabemos por qué, ni con qué objeto. Y hasta ahora solo habían brillado de cólera. Cuando me dijiste que mis ojos brillaban mientras te hacía el amor no podía creerlo, porque jamás me había pasado. Ni a mí, ni a Troy o Dalton. Otra cosa que no podemos entender ni explicar.

Brad retomó aire y Maddie aprovechó ese segundo para preguntarle:

—¿Y esa cosa con tu cuerpo?

—No tengo la menor idea de qué cosa con mi cuerpo hablas. Sólo sé que me respondes con tanto abandono como nadie jamás lo ha hecho, y eso me hace feliz, muy feliz. —su tono pasó de ensoñador a duro otra vez—. Así como no tengo la menor idea qué es eso de qué estas embarazada. Considerando que hacen tres días que nos conocemos. ¿Y qué pasó por esa maldita cabeza inescrutable que tienes que saliste de tu departamento y viniste a buscarme?

Maddie lo miró tomó aire y le respondió:

—Me haces algo con tu cuerpo, sólo tienes que tocarme y acepto cualquier cosa que digas o hagas. Lo sé bien, me tocas, y me haces sentir mareada y lo único... lo único... que...





Maddie lo miró los ojos de Brad ya no brillaban pero concentraba toda su atención en ella.

—¿Lo único qué...? —preguntó Brad.

—Lo único... que hago es... desearte. Y cuando me tocas... —su voz se hizo casi un susurro, mientras sentía su rostro acalorado—, cuando me tocas no puedo pensar y lo único que quiero es... Dios, Nick dijo que era frígida y no me siento así cuando me tocas...

—¿Frígida? Bien supongo que esta es la primera y última vez que mencionas al imbécil ese, sea quien sea, y que no me interesa saber, pero si fueras un poco menos frígida supongo que me matarías. No sé de qué mierda hablas de esa cosa de mi cuerpo. Pero si sé algo. Si con solo tocarte puedo hacer que hagas cualquier cosa que quiera, es maravillosa. Y la usaré. Ahora, dime: ¿qué te llevó a dejar tu departamento?

—Lo siento, en verdad lo siento. Estaba enojada, te habías ido, me habías entregado a tu hermano, y habíamos hecho el amor, y no usaste condón y yo no me cuidó.

Brad no salía de su asombro, había pasado por un infierno, sólo porque la imaginación de su ratoncito se había desbocado.

—¿Y...? —le preguntó Brad impaciente.

—Y me dejaste, hicimos el amor y me dejaste y me enfurecí, ¿qué tal si ya estaba embarazada?

—¿Viniste a reclamarme? —dijo un Brad sonriente.

—¡No te rías! Sólo quería decirte que no me importabas. No sabía que los habían engañado. Cuando llegué, Cordelia estaba ocupada así que me senté a esperar, no sabía que estaba coordinando mi búsqueda. Lo siento. Debes creerme.

—Sé que lo sientes. ¿Cómo saliste del departamento? —Preguntó de improviso, como si lo hubiera recordado en ese segundo.

—Salté por el balcón —fue su rápida respuesta.





—¿Qué?! ¿El balcón de un piso noveno? —Brad se puso de pie, de golpe, corrió su silla hacia atrás y ésta cayó al suelo.

El corazón de Maddie se encogió.

En un segundo Brad estaba sobre ella. —La próxima vez que hagas algo tan loco como eso, te juro que voy a golpearte. ¿Lo has entendido? —su voz era fría, colérica y sus ojos brillaban dándole un aspecto atemorizador. Maddie sólo levantó su mano derecha y acarició su mejilla.

—No volveré a hacerlo, jamás, te lo prometo mi amor. Jamás. Pero... si vas a enojarte como te enojaste sobre tu escritorio, puedes... siéntete en libertad de hacerlo cuando creas que he sido desobediente.

La voz de Maddie había bajado hasta convertirse en un ronroneo. Así que su ratoncito en realidad era toda una gatita. Una gatita incapaz de ver el peligro en el que se había puesto.

Brad la miró y la abrazó, la estrujó contra su cuerpo. Apretándola, con fuerza.

—No podría soportarlo Maddie. Si algo... si algo te pasara, no podría soportarlo.

La miró a los ojos y la besó. Suave y tiernamente. Un beso que pronto se convirtió en un hambre que sabía no podía saciar solo con besos. La alzó y la sentó en el escritorio, metiéndose entre sus piernas.

—Lo ves, sólo tienes que tocarme y ya puedes controlarme.

—Si te sirve de consuelo, ratoncito, tú sólo tienes que mirarme y ya puedes controlarme. Dime, ¿Te casarás conmigo? ¿O quieres ser madre soltera?





Segunda Parte

VIENTO CALMO

TROY Y MEREDITH

Meredith está desesperada, desde que sus padres murieron no logra un trabajo que le permita mantenerse junto a su hija adolescente. La sorpresiva propuesta de Cordelia Chase la ha llenado de esperanzas. Ser la nueva secretaria de Wind & Stone. Diez años como secretaria de una cadena de veterinarias la ha más que preparado para el puesto. Tiene la experiencia, la recomendación y la necesidad. Todo tiene que salir perfecto.

Pero no siempre consigues lo que deseas. Troy Windstone quiere a alguien con quien jugar ciertos juegos que jamás aprendió. Meredith es un mucho mayor que él, tiene una hija y de ninguna manera dejará que haga con ella lo que quiere, como hace con todos. Sólo debe ser fuerte y resistirse al hombre más atractivo que vio en su vida. Sólo eso.

Sin embargo el destino parece conspirar siempre contra Merri. Alguien intenta matarlas, y no sabe porque ni quién. Su única ayuda provendrá de quien menos quiere: Troy Windstone y sus increíbles habilidades.

PRÓXIMAMENTE

